

LOS TRES SON UNO

STUART OLYOTT

Introducción

No recuerdo realmente cuándo aprendí a leer. Supongo que comencé con algún libro de lectura para principiantes, del cual aprendí el alfabeto y algunas palabras sencillas. Mi deuda para con ese libro es incalculable, pues fue la base de toda mi lectura posterior. Sin embargo, nada recuerdo de él.

Este trabajo es también un libro para principiantes, y confío que, a partir de él, el lector pueda continuar leyendo en forma más avanzada. No es un libro que le dirá todo lo que debe saber. Su sola intención es sencillamente ayudarle a comenzar. Le introducirá a la enseñanza más elemental respecto a la Trinidad. Servirá para remover esa sensación de extrañeza que pueda sentir al aproximarse a este tema profundo, y le permitirá progresar en un área donde antes jamás hubiera creído siquiera poder comenzar.

¡Que todos dediquemos nuestras vidas a proseguir «en conocer a Jehová!» (Oseas 6:3).

¡Dios mío, qué maravilloso eres!

Este libro debe empezar declarando que Dios es. Esto no es algo que pueda ser probado, ni necesita serlo. Todo hombre o mujer sabe que es cierto. El hombre tiene un sentido de Dios implantado en sí mismo. Es algo que conoce en su corazón; algo que ha quedado desde el tiempo en que la humanidad estaba en contacto con Dios, y obedecía su ley. El hombre tiene aún un sentido de esta ley, lo cual puede verse en su sentido del bien y el mal. No puede haber un sentido de la ley a menos que haya un Legislador. Y además, están el cielo arriba y la tierra alrededor, los cuales nos hablan del eterno poder y deidad de Dios. Cuando una persona dice: «No hay Dios», está deliberadamente ignorando un hecho que sabe que es cierto.

Podemos, sin embargo, saber mucho más acerca de Dios si nos volvemos a la Biblia. Dios ha revelado aquí a la humanidad todo lo que necesitamos saber acerca de Él, y todo lo que Él requiere de nosotros. Todos los libros de la Biblia deben su origen a Él. Los autores humanos fueron «llevados» por el Espíritu Santo de tal manera que produjeron exactamente lo que Dios planeó. Las palabras que escribieron son las que Él quiso que escribieran. Y sin embargo, esto ocurrió sin interferir con sus talentos naturales, y sin introducir en un molde sus personalidades. La Biblia no es la palabra de los hombres, sino la Palabra de Dios. Esto significa que no tenemos que detenemos y tratar de imaginar cómo es Dios. No tenemos que adivinar. El mismo nos lo ha dicho.

Espíritu

El nos dice que es Espíritu (Juan 4:24). No tiene un cuerpo como nosotros. Es invisible: nadie le ha visto nunca ni puede verle (1 Timoteo 6:15,16). No podemos percibirle por medio de los sentidos, o pesarle, o medirle. Es cierto que a veces leemos acerca de sus ojos, sus oídos, su boca, etc., pero esto es simplemente una manera de aclarar a nuestras pobres mentes que Dios ve todas las cosas, oye las oraciones de su pueblo y se da a conocer. Dios no puede ser dibujado o representado de manera alguna, y nos prohíbe que tratemos de hacer imágenes de Él (Éxodo 20A).

Sin embargo, debemos procurar recordar que Dios es un Espíritu personal. En otras palabras, no debemos pensar en Él como Algo que no podemos describir, sino como *Alguien*. El tiene nombres, de los que el más conocido es «Jehová». Esto es simplemente una versión española del nombre hebreo «Yahweh». El se comunica con hombres y mujeres, y más de uno ha llegado a ser conocido como su «amigo» (Éxodo 33:11; Santiago 2:23). Ya en la primera página de nuestra Biblia leemos que Él habla, y esto continúa ocurriendo hasta la última. Vemos una y otra vez que es posible conocer a Dios. Esto no sería posible si Él fuera simplemente una fuerza o una influencia imposible de describir.

Muy grande

Puesto que Dios es Espíritu, no está limitado de ninguna manera, y no hay persona o cosa que pueda ser vinculada a, o comparada con Él (Isaías 40: 18).

En lo que a espacio se refiere, Él está en todas partes (1 Reyes 8:27; Salmo 139:7-10). «¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?» (Jeremías 23: 24). Él está en todos los lugares en todo tiempo, y no hay lugar del que esté ausente. No debemos pensar que solamente una *parte* de Dios se encuentra en un lugar determinado en el universo. La *totalidad* de Dios está presente allí. Él está allí en toda su majestad y gloria, y en la totalidad de su ser. Y esto es verdad de todos los lugares, todo el tiempo. ¿Cómo puede ser esto? Nuestras mentes mortales no pueden concebirlo. ¡Lo finito no puede entender lo infinito! Lo único que podemos hacer es creer lo que Dios ha declarado con respecto a sí mismo, e inclinamos en adoración y asombro.

En lo que al tiempo se refiere, Él es eterno (Isaías 40:2 8, Habacuc 1:12). «Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (Salmo 90:2). Solamente Él tiene inmortalidad en y por sí mismo (1 Timoteo 6: 16). Él habita la eternidad, y sus años no tienen fin Isaías 57:15; Hebreos 1:11,12). Esto también va más allá de nuestro entendimiento. Todo debe su principio a Él, pero El mismo no tiene principio.

Él es; Él ha sido siempre; Él siempre será. Esto es lo que significa la curiosa expresión «por los siglos de los siglos» que se utiliza frecuentemente en algunos cultos religiosos. No hay cambios

en Él, nunca los ha habido, ni jamás los habrá, porque Él es siempre el mismo (Malaquías 3:6; Santiago 1:17). Todas las cosas dependen de Él, pero su propia existencia no depende de nada ni de nadie más que Él mismo. Esta es la razón por la que uno de sus nombres es «el Dios viviente» (Apocalipsis 7:2). Por eso también Él anunció su nombre a Moisés como «YO SOY EL QUE SOY» (Éxodo 3:14).

En cuanto a conocimiento, Él lo sabe todo (Salmo 139:2-5; 1 Juan 3:20). «Su entendimiento es infinito» (Salmo 147:5). Nosotros tenemos que aprender las cosas una a una, y nuestro conocimiento es siempre pequeño. No hay tal cosa como aprender en lo que a Dios se refiere. Él conoce todas las cosas como realmente son, todas al mismo tiempo. Su entendimiento no tiene límites. Para nosotros esto es un misterio, pero no lo es para Dios. No hay nada que Él ignore o dude y, desde luego, esto significa que no puede ser engañado.

En cuanto a poder, El hace todo lo que quiere (Salmo 135:6; Daniel 4:35). «Todo lo que quiso ha hecho» (Salmo 115:3). Su propia naturaleza decide lo que le place hacer. Porque Él es santo, no puede escoger apartarse de lo que es puro y recto. Porque Él es perfecto en todo sentido, no puede escoger cambiar. Un cambio sería para mejorar o empeorar. Si para mejorar, demostraría que no era todavía perfecto; si para empeorar, entonces vendría a ser menos que perfecto. Es cierto que El a veces escoge cambiar la manera en que trata a un hombre o a una mujer, pero esto es debido a que ha habido un cambio en dicha persona, y no a que haya algún cambio en Él. Nada de lo que Él decide hacer deja de ocurrir (Isaías 46: 10). Su voluntad jamás puede ser resistida porque sólo Él es Dios, y todos los demás seres son sus criaturas (Romanos 9:19; Daniel 4:35). Todo en el universo, por pequeño que sea, sirve a sus propósitos. Hace que ocurra lo que Él ha planeado y decidido (Efesios 1: 11).

Singular

Lo que hasta ahora hemos leído nos dice lo que Dios es en sí mismo. Sin embargo, no es suficiente decir que Él es un Espíritu Personal, que está en todas partes, que es eterno, omnisciente, omnipotente. ¿Cómo es este Dios? ¿0 qué clase de Dios es?

Él es *santo*. «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él» (1 Juan 1:5). Su carácter es perfecto. Él es puro y totalmente libre de motivos, pensamientos, palabras y acciones inicuas o deshonestas, pero es difícil explicar qué es exactamente la santidad. Las criaturas celestiales que rodean el trono de Dios están totalmente libres de toda impureza y, sin embargo, no pueden mirar la majestad de Dios, y se dicen unas a otras en perpetuo asombro: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos... » (Isaías 6:3). ¡No es de extrañar que Dios es descrito como «magnífico en santidad»! (Éxodo 15:11). Es esta característica la que le separa y distingue como totalmente diferente a todas sus criaturas (Salmo 99:3; Isaías 40:25). ¿Cómo puede un hombre acercarse a tal Dios? (Salmo 24:3). El es muy limpio de ojos para ver el mal, ni puede ver el agravio (Habacuc 1:13).

Él es *justo*. «Justo es Jehová en todos sus caminos» (Salmo 145:17), y esto es por siempre inalterable (Sofonías 3:5). Su gobierno de la creación está firmemente establecido sobre las columnas gemelas de la justicia y el juicio (Salmo 97:2). Él siempre hace lo que es recto. Toda sentencia que Él dicta está justificada, y nunca puede ser censurado por ningún juicio que haga, porque Él es inflexiblemente justo (Génesis 18:25; Salmo 51:4) ¡Oh, cómo nos consuela el hecho de que Él, y solamente Él, juzgará al mundo! El juicio final será justo. No habrá lugar a errores. Nadie recibirá de Dios ni más ni menos de lo que merezca (Salmo 96:13).

Él es *amante*. «Dios es amor (1 Juan 4:8-16). Él es «¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; Tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad» (Éxodo 34:6); un Dios de «piedad» y «misericordia» (Joel 2:13; Jonás 4:2); que «se deleita en misericordia» (Miqueas 7:18). ¡Oh, qué maravilloso! ¡El santo Dios, que es inflexiblemente justo, es también amor! Su justicia demandaba mi castigo, y fue satisfecha cuando el inocente sustituto murió en mi lugar (1 Juan 4:10). El amor y la justicia no son contrarios. Ambos se encuentran en Dios, y ambos se encuentran en su obra en la cruz.

Él es *bueno*. «Bueno es Jehová para con todos» (Salmo 145:9). «Bueno eres tú, y bienhechor» (Salmo 119:68). Por naturaleza, los hombres y mujeres prefieren no tener a Dios en sus pensamientos y escogen seguir su propio camino. Se oponen a la idea de que Él gobierne sus vidas y prefieren escoger sus propios objetos de adoración. Sin embargo, Dios es activamente bueno para con tales personas que son, en realidad, sus enemigos. «No se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones» (Hechos 14:17). La maduración de la cosecha, el sustento de los animales, y todas las demás cosas buenas de que este universo goza, Proceden de Él (Salmo 85:12; 104:24-31; Santiago 1:17). Pero la mayor evidencia de su bondad se ve en el trato que da a aquellos de sus enemigos que se vuelven a Él buscando el perdón. «Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan» (Salmo 86:5).

Él es *sabio*. «Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría» (Daniel 2:20). Cuando vemos la belleza y la armonía de su creación, y la complejidad de] diseño de la más diminuta criatura, nos vemos obligados a exclamar: «¡Cuán inmensurables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría» (Salmo 104:24). Las capacidades que los hombres ejercen y desarrollan, la misma existencia del conocimiento en nuestra raza, la manera en que todo lo que ocurre hace que se lleven a cabo los propósitos de Dios; todas estas cosas se deben a la sabiduría de Dios (Isaías 28:23-29; 31:2; Daniel 2:21). Su sabiduría y entendimiento son infinitos, y totalmente superiores a nuestra capacidad para investigar y entender. «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿o quién le dio a él primero, para que sea recompensado? Porque de él y por él y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén» (Romanos 11:33-36).

Incomprensible

Vemos, pues, que lo que Dios dice acerca de sí mismo es suficientemente claro, pero es demasiado maravilloso para ser abarcado por la mente humana. No podemos asimilarlo, pues sus pensamientos y sus caminos son mucho más altos que los nuestros (Isaías 55:8,9). Podemos ver *qué* es la verdad, pero no podemos explicar cómo puede ser así. Nuestras mentes están demasiado limitadas. Sólo Dios entiende a Dios. ¿Puede algún hombre o mujer explicar cómo es posible que Dios exista como Ser personal sin tener un cuerpo? ¿Podemos comprender cómo la totalidad de Dios puede estar en todos los lugares en todo momento? ¿Entendemos realmente el concepto de que Él no tuvo principio, y que está libre de cambios de cualquier índole? ¿No es cierto que nuestras mentes se quedan perplejas cuando tratamos de pensar qué significa ser omnisciente? ¿Cómo puede El hacer todo lo que le plazca sin ser egoísta? ¿Cómo puede ser perfectamente santo, justo, amante, bueno y sabio, todo al mismo tiempo?

Ninguna pregunta acerca de Dios que contenga la palabra «cómo» puede ser respondida. Nuestras mentes mortales son demasiado pobres para eso.

Sin embargo, las preguntas que contienen la palabra «qué», pueden ser respondidas sencilla y claramente, porque Dios ha revelado las respuestas en las Escrituras. Podemos estudiar y afirmar lo que Dios ha dicho. Podemos decir qué es la verdad. Pero no podemos explicar cómo puede ser así. Nos abruma lo que aprendemos. Cuanto más lo consideramos, tanto más nos damos cuenta de que no hay reacción adecuada a lo que leemos. La única que cabe es la de adorar reverentemente.

La verdad de la Trinidad, que estamos a punto de examinar, es un misterio más grande que cualquier otra cosa que pueda decirse acerca de Dios. Nunca comprenderemos cómo Dios, que es uno, pueda ser tres. Pero no venimos al tema preguntando: «¿Cómo pueden ser estas cosas?» Venimos como humildes aprendices, escudriñando las Escrituras, y preguntando: «¿Qué ha dicho Dios?» Nos regocijamos de que Él nos haya dicho tanto acerca de sí mismo, y confiamos en su perfecta sabiduría que ha decidido no revelar nada más de lo que ya está escrito. Humildemente aceptamos que no podemos entrar sino en donde Él lo ha permitido. No somos como Dios. Somos sus criaturas. Nunca podremos descubrir lo que Él no ha revelado. Nunca podremos comprender lo que Él no ha explicado. Pero, donde, con todo su poder, falla la razón, Allí la fe prevalece y adora el amor.

Capítulo 2

Dios es uno

Solamente un Dios

«¿Cuántos dioses hay?»

«Uno», respondió el niño.

«¿Cómo sabes eso?»

«Porque sólo hay espacio para uno, pues Él llena el cielo y la tierra».

No hay verdad en las Escrituras que se enseñe con más claridad que ésta. No hay sino un solo Dios que realmente exista.

Si esto no fuera así, tendríamos que suponer que hay más dioses que uno solo. Esto es algo que la Escritura niega constantemente. No hay otros dioses en absoluto. La humanidad en general no cree esto, y ha habido, y hay, innumerables dioses falsos. Pero ninguno de éstos es un verdadero dios. Ninguno de éstos es el Dios viviente.

Es cierto que la palabra «dios» se emplea con referencia a los ángeles (Salmo 97:7). Esto es porque son criaturas espirituales de alto rango y excelencia. El título se usa también acerca de gobernantes y jueces (Salmo 82:1,6), a causa de su autoridad sobre otros. A Satanás, el diablo, se le llama «el dios de este mundo» (2 Corintios 4:4) a causa del dominio sobre los malos que injustamente ha conseguido. Pero todos éstos son usos figurativos de la palabra «dios». La Escritura insiste en que no hay sino un solo Dios verdadero, un Dios viviente.

Tal es así que, desde sus primeros años, un niño judío aprendía a recitar las palabras de Deuteronomio 6:4: «Oye, Israel: Jehová tu Dios, Jehová uno es». Esta era la creencia más básica de la fe judía, teniendo como base el Antiguo Testamento. Era una creencia de la que ningún judío podía ser movido. Ellos sabían que «Jehová es Dios, y no hay otro fuera de él» (Deuteronomio 4:35).

Los judíos recordarían el tiempo cuando fue dedicado el glorioso templo de Salomón. Después de orar vehemente y largamente a Dios, el rey se volvió a pueblo y expresó su más sentido deseo: «Esté con nosotros Jehová nuestro Dios, como estuvo con nuestros padres, y no nos desampare ni nos deje... a fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro» (1 Reyes 8:57,60). Esto expresaba perfectamente lo que todo judío sentía. Ellos habían de ser testigos a un mundo ignorante de que no hay otro Dios sino el Señor.

Recordarían los días del gran profeta Isaías, y las palabras que Dios le habló: «Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios» (Isaías 44:6). El Dios que habló estas palabras se anunció a sí mismo como el Rey de Israel. Los judíos consideraban como su gran misión mantener la verdad de que no hay otro Dios sino Jehová. ¡Cómo amaban leer: «Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí... yo Jehová, y ninguno más que yo»! (Isaías 45:5,6).

Jesús mismo fue criado en el conocimiento y amor a las Escrituras del Antiguo Testamento, y consistentemente mantuvo su verdad. La confesión de la singularidad de Dios fue algo que expresó sin reservas con sus labios (Marcos 12:29-32), y que también sus apóstoles enseñaron muy claramente (1 Corintios 8:4-6; Efesios 4:6; Santiago 2:19). Es la declaración expresa de toda la Escritura.

Dios es uno

El Antiguo Testamento fue escrito en hebreo, y cuando los judíos recitaban Deuteronomio 6:4, lo hacían en ese idioma, como todavía lo hacen en la actualidad. Lamentablemente, en nuestro idioma no se puede traducir exactamente en una frase lo que Deuteronomio 6:4 significa. Significa más que: «El Señor nuestro Dios es un Señor»¹. También puede traducirse: «El Señor nuestro Dios, el Señor es uno». El no es simplemente el Único. El que es Único, es uno.

¿Qué estamos procurando decir aquí? «Dios es uno en la esencia de su ser o en la constitución de su naturaleza», escribe Louis Berkhof. Pero ¿qué significa eso? Significa que en Dios no puede haber división o separación. ¡No se puede tener una colección de piezas que sean menos que Dios, juntarlas, y tener a Dios! El no es como un rompecabezas. Ni tampoco como un cuerpo humano, formado por muchos órganos. No se pueden sumar la eternidad, y la inmutabilidad, y la omnipotencia, y la santidad, y formar a Dios. El no está formado por partes. Es indivisible. Es uno. Todo en Él es eterno. Todo en Él es inmutable. Todo en Él es todopoderoso. Todo en Él es santo. No se puede, por ejemplo, quitar su santidad, y dejar atrás la mayor parte de Dios. Si se pudiera quitar su santidad, Dios se destruiría, porque todo lo que El es, es santo.

Esto es lo que los teólogos quieren decir cuando hablan acerca de Dios como «una esencia indivisible». La palabra «esencia» o «ser» puede casi intercambiarse con la palabra «sustancia». Esto no significa que Dios esté hecho de algo. Más adelante hablaremos del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo como siendo de «la misma sustancia». No querrá esto decir que están compuestos del mismo «material». Daremos a entender que si bien son distintos, son uno y el mismo Dios. Todo lo que Dios es, el Padre es. Todo lo que Dios es, el Hijo también lo es. Todo lo que Dios es, el Espíritu Santo es. Cada uno es todo lo que Dios es. Cada uno es Dios en el mismo sentido: de la misma esencia, ser o sustancia. Sin embargo, Dios es indivisible.

Expresémoslo de otra forma, para enfatizar lo que estamos diciendo. El Padre es Jehová. El Hijo es Jehová. El Espíritu Santo es Jehová. Pero nunca debemos pensar que hay tres Jehovás. Es aquí donde reside el misterio, y nos estamos adelantando nosotros mismos. Por el momento debemos contentarnos con saber que hay un solo Jehová, y que el Jehová, que es, es uno.

Hay más de uno que es Dios

Sin embargo, aun aquí debe mencionarse que desde los tiempos más primitivos ha estado claro que hay más de uno que es Jehová. Nota lo que estamos diciendo. No hay más que un Dios. Acabamos de ver esto. No obstante, hay más que uno que es Dios. Hay un solo Dios. Sin embargo, hay una pluralidad de Personas en la esencia divina.

Esto se ve en las primeras páginas de nuestra Biblia. Génesis 1:26,27 dice: «Entonces dijo Dios: **Hagamos** al hombre a **nuestra** imagen, conforme a **nuestra** semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen». Las palabras que he puesto en cursiva muestran que Dios, que es uno, habla como más de uno. Los versículos enfatizan tanto la unidad como la pluralidad de Dios. Dos o tres páginas más adelante leemos: «Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre **es como uno de nosotros...** » (Génesis 3:22); y en el capítulo 11: 5-7 leemos: «Y descendió Jehová... Y dijo Jehová... **descendamos...** » Solamente hay un Dios en todos estos pasajes, y sin embargo, ¡El habla en plural! Hay más de uno que es Dios. Así fue que siglos más tarde Isaías oyó a Jehová decir: «¿A quién enviaré, y quién irá por **nosotros?** » (Isaías 6:8).

Igualmente extraordinarios son aquellos pasajes del Antiguo Testamento que se refieren al «ángel de Jehová». Está bien claro que esta persona es Dios mismo y, a la vez, que debe ser distinguida de Dios. La palabra «ángel» significa «mensajero» o «enviado», y la frase «el ángel de Jehová», por lo tanto, significa «el enviado de Jehová». Génesis 16:7-13 cuenta cómo a Agar, que había huido de Abram y Sarai, le fue ordenado por «el ángel de Jehová» que regresara. Luego se ve claramente que era el Señor mismo el que hablaba con ella, y ella llamó el lugar donde le encontró: «Tú eres Dios que me ve». ¡El que fue enviado por Dios era Dios mismo!

Abraham mismo tuvo una visita del Ángel de Jehová algún tiempo después en el encinar de Mamre (Génesis 18). El visitante apareció como un hombre (versículo 2), pero queda claramente expresado que era Dios mismo (versículos 1, 13,14). Abraham reconoció esto y oró a Él (versículos 23-33).

Esta no fue la última vez que Abraham encontró al Ángel de Jehová. No fue otro sino el Ángel quien le impidió matar a su hijo Isaac (Génesis 22:11-15). Abraham llamó el nombre del lugar «Jehová proveerá» (versículo 14), pues una vez más reconoció claramente la identidad del Visitante celestial. El Ángel le dio una promesa que empezaba diciendo: «Por mí mismo he jurado, dice Jehová... » (versículo 16). ¡Aquel que envió Jehová era Jehová!

Hay muchas referencias al Ángel en el Antiguo Testamento, y en cada ocasión se observa claramente que el mensajero de Dios es Dios. Es «el Ángel de Jehová» el que habla a Moisés desde la zarza ardiente y le dice: «Yo soy el Dios de tu padre... » (Éxodo 16), y a continuación le revela su nombre como «YO SOY EL QUE SOY» (versículo 14). Ese Ángel es el Dios que guió a Jacob y le redimió (Génesis 48:15,16), y es el Señor mismo quien va delante de los israelitas al huir éstos de Egipto (Éxodo 13:2 1; 14:19). Es el Ángel de Jehová quien aparece dos veces en el libro de Jueces, y en cada ocasión revela que El es Dios mismo (Jueces 6: 11,12,14,16; 13,9,22). Así, pues, ¡tenemos a Dios enviado por Dios!

La profecía de Isaías reveló algo parecido. Él le dijo a Israel que el Señor Dios daría una señal, que sería un hijo nacido de una virgen. Su nombre sería Emmanuel, que significa: «Dios con nosotros» (Isaías 7:14). Este, a quien Dios enviaría, sería El mismo «Dios fuerte» (Isaías 9:6). ¿Cómo podría Dios enviar a Dios si no hubiera más de una persona que fuese Dios? Sin embargo, no debemos olvidar los versículos de Isaías que mencionamos antes. El mismo libro insiste en que no hay Dios excepto ese Uno a quien Israel adoraba. Un Dios; no obstante, hay más de uno que es Dios.

De modo que el Antiguo Testamento nos habla de Dios ungiendo a Dios (Salmo 45:6-7); del Señor Dios y su Espíritu enviando a Uno que es Dios mismo (Isaías 48:16,17); y de Jehová levantando un Rey prometido que será Jehová (Jeremías 23: 5,6). Una y otra vez nos encontramos frente a la misteriosa verdad de que Dios es más de uno.

No estamos diciendo que la doctrina de la Trinidad estaba completamente revelada en el Antiguo Testamento; pero tampoco que estaba totalmente ausente. Él creyente del Antiguo Testamento sabía que había una pluralidad en la Divinidad. En verdad, tenía alguna velada indicación de que el Dios que es uno, también es tres. Cuando el sacerdote bendecía a los israelitas, y ponía el nombre de Dios sobre ellos ¿no usaba siempre el nombre de Jehová tres veces? (Números 6:22-27). ¿No había oído Isaías a los serafines reconocer al Señor como tres veces santo? (Isaías 6:3). Todo esto era una preparación para la verdad que el Nuevo Testamento iba a revelar completamente. El Dios que poco a poco se reveló a sí mismo en los días del Antiguo Testamento, finalmente envió a su Hijo al mundo, y más adelante hizo su morada en los corazones de los creyentes por su Espíritu Santo. La doctrina de la Trinidad no fue revelada como una serie de frases y proposiciones. Fue la obra salvífica, de Dios la que finalmente la aclaró. El creyente cristiano puede leer el Antiguo Testamento, y entenderlo mucho más fácilmente que los lectores originales. Los pasajes que hablan de Dios como uno y, sin embargo, como más de uno, tienen sentido para él. No tropieza en los versículos que hablan tanto de la unidad como de la pluralidad de Dios. No le sorprende el que Dios tenga un coloquio consigo mismo, o contemplar las promesas de que Dios enviaría a Dios al mundo. Aún no puede comprender cómo Dios puede ser Uno-en-Tres y Tres-en-Uno. No obstante, sabe que es así. El creyente del Antiguo Testamento tenía muchas indicaciones, pero nunca vio la verdad así de clara. Lo que era oscuridad para él, es luz meridiana para nosotros.

Capítulo 3

El Padre es Dios

Estamos comenzando el capítulo 3 y, sin embargo, debo ya mencionar algo acerca del capítulo 4. En el capítulo 4 veremos que el Señor Jesucristo es Dios. No obstante, cuando Él enseñó a sus discípulos a orar a Dios, no les invitó a orar a Él. Lo que dijo fue: «Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro... » (Mateo 6:9). La oración a Dios no ha de ser dirigida al Señor Jesucristo, sino a

Uno que es distinto de Él: ¡el Padre! Hay Uno que es Dios, que no es el Señor Jesucristo, y que lleva el nombre de «Padre». Pero antes de continuar, debemos notar que las Escrituras no siempre usan el nombre «Padre» de la misma manera.

El Padre de todos

A veces, por ejemplo, «Padre» se refiere no a Uno que es distinto del Hijo y del Espíritu Santo -una Persona específica en la Trinidad- sino a la Divinidad misma.

Daremos algunos ejemplos de esto. Cuando Pablo les escribe a los cristianos en Corinto, les recuerda que los ídolos que tienen alrededor no son dioses en absoluto. Esto no es lo que sus adoradores piensan, pero es la verdad. Los ídolos no representan deidades que tengan una existencia real. Solamente hay un Dios que tenga una existencia real, y es Aquel que los cristianos adoran. Así, pues, escribe: «Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre» (1 Corintios 8:6). Aquí la palabra «Padre» equivale a las palabras «un Dios». Pablo está diciendo que no hay sino un Dios, y no está pensando en las Personas de la Divinidad en absoluto. Es en este sentido en el que usa la palabra «Padre», al igual que en Efesios 4:6, donde escribe acerca de «un Dios y Padre de todos».

El autor de la carta a los Hebreos hace algo parecido en el capítulo 12, versículo 9. Aquí explica que Dios trata a los creyentes cristianos como sus hijos. Al igual que un padre castiga solamente a sus hijos, así Dios permite experiencias desagradables en las vidas de los creyentes, con el objeto de desarrollar sus caracteres. Estas experiencias no son algo que debemos lamentar, sino aceptar. No deberían disminuir nuestro respeto hacia Dios sino aumentarlo. «Tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?» Una vez más, el título de «Padre» se usa con respecto a Dios, pero no como una persona específica en la Divinidad. Así es exactamente como Santiago la usa cuando escribe: «Toda buena dádiva y todo don Perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces... » (Santiago 1: 17).

El Padre de Israel

El nombre de «Padre» se usa también para expresar que el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento tenía a Dios como su Gobernante y Cabeza. «Jehová... ¿No es él tu padre que te creó?» (Deuteronomio 32:6). «Padre» se utiliza aquí simplemente como una palabra alternativa para Dios sin ninguna idea de distinción de personas en la Divinidad. Así, también oró Isaías: «Tú, oh Jehová, eres nuestro padre; nuestro Redentor... Ahora, pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; Así que obra de tus manos somos todos nosotros» (Isaías 63:16; 64:8).

No todos los miembros del Israel del Antiguo Testamento tenían tal confianza en Dios. Es así que en los días de Jeremías, Dios les dice a través del Profeta: «A lo menos desde ahora, ¿no me llamarás a mí, Padre mío, guiador de mi juventud?» (Jeremías 3:4). En tiempos posteriores, todo

israelita hablaba de Dios como el Padre de la nación. Pero no necesariamente reconocían esto en la práctica. A Dios no se le daba la debida honra, y los israelitas individualmente no se trataban unos a otros como hermanos. Esta vez la represión fue: «Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?... ¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo, Dios? ¿Por qué, pues, nos portamos deslealmente el uno contra el otro ...?» (Malaquías 1:6; 2:10).

El Padre de los creyentes

Así, pues, en la época en que el Señor Jesucristo, vino, los judíos acostumbraban usar el nombre de «Padre» como un sustituto para la palabra «Dios». Enseñaban que ellos, y solamente ellos, tenían una relación con Dios como de hijos con su padre. Esta fue una idea que Cristo y sus apóstoles tuvieron que -Corregir. Todos los hombres no son ciertamente hijos de Dios, pero tampoco lo son todos los judíos: éste es un privilegio que pertenece exclusivamente a aquellos que se arrepienten y creen el Evangelio. Solamente ellos gozan de intimidad con Dios, y el consuelo de su tierno cuidado. Tales personas, y no los judíos, son el verdadero Israel que Dios reconoce Solamente a ellos les corresponde, por tanto, dirigirse a Dios como «Padre».

Fue solamente a sus discípulos a quienes Jesús habló de «vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:45). Fue solamente a ellos a los que habló de «tu Padre... vuestro Padre... vuestro Padre celestial» (Mateo 6:6, 8,14). «Somos hijos de Dios» (Romanos 8:16) fue escrito solamente con respecto a aquellos que están en buena relación con Dios por medio de la fe en el Señor Jesucristo. Ser adoptados en la familia de Dios, y tenerle a Él como su Padre, es su mayor privilegio, y les pertenece solamente a ellos. No puede ser compartido por ningún otro. Ellos, y solamente ellos, pueden regocijarse jubilosamente, diciendo: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1).

El Padre del Señor Jesucristo

El Señor Jesucristo es Dios, como veremos dentro de poco. Pero si bien los cristianos tienen a Dios como su Padre, ese Padre no es el Señor Jesucristo. Dios el Padre es Alguien distinto de Él. El Padre de los creyentes es también el Padre de Cristo, aunque en un sentido diferente. Los creyentes cristianos son sus hijos adoptivos, mientras que Cristo es su Hijo eterno. ¿Por qué dijo Jesús a María: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre»? (Juan 20:17). ¿Por qué no dijo: «Subo a nuestro Padre»? Sus palabras nos muestran que Dios es el Padre de ambos, pero las palabras están expresadas de tal manera que enfatizan que Dios es Padre para Cristo de una forma que no lo es para nosotros.

Es en el Evangelio de Juan donde vemos con la máxima claridad que, si bien el Padre es Dios, y el Señor Jesucristo es Dios, no obstante, hay distinción entre ambos. Dentro del ser de Dios, Uno es el Padre del Otro, y Uno es el Hijo del Otro. Casi al principio del Evangelio, leemos: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). Esto nos dice que el Verbo, que es el Señor Jesucristo, se distingue claramente de Dios el Padre. Uno se hizo carne, y el Otro no. Y sin embargo, la gloria de Cristo es la gloria del Padre, por lo que es evidente que deben ser Dios en

el mismo sentido. Cristo es la expresión perfecta del Padre; que es lo que Juan quería decir cuando le describió como «el Verbo».

Casi inmediatamente después leemos: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Juan 1:18). ¡Pero sabemos por el capítulo anterior que hay algunas personas que han visto a Dios! Lo que el versículo debe significar es que nadie ha visto a Dios el Padre. Siempre que las personas han visto a Dios, es al Señor Jesucristo, el Hijo, a quien han visto. Ese era «el Ángel del Señor». Al Hijo se le distingue del Padre, y por esta razón se lo describe como «en el seno del Padre». Sin embargo, verle a Él es ver a Dios, porque El expresa y declara a Dios perfectamente. Ambos son Dios, pero Uno no es el Otro. No obstante, no hay sino un Dios viviente y verdadero. No debemos pensar que hemos sido privados de algo por no haber visto al Padre. Jesús anuncia ante el mundo: «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30); «El que me ve, ve al que me envió» (Juan 12:45); «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?» (Juan 14:9).

Cuando Jesús habló en términos tan íntimos acerca de Dios el Padre, los judíos procuraron matarle (Juan 5: 17-31). Ninguno disputaba el hecho de que el Padre era Dios. Nunca había sido puesto en duda, pero el lenguaje de Jesús implicaba claramente que El se consideraba igual al Padre: igual a Dios. Ellos sabían que solamente había un Dios, y que el Padre era ese Dios. A pesar de los indicios en el Antiguo Testamento que hemos examinado, no podían concebir que más de uno fuese Dios. La mera idea de una pluralidad en la Divinidad era algo que les resultaba inaceptable. Comprendían que Jesús pretendía ser igual a Dios, y esto significaba para ellos que Él afirmaba ser un Dios adicional. Para ellos esto era una blasfemia, lo cual explica por qué quisieron matarle. Se aferraban tan ferozmente a la deidad del Padre que no podían concebir la deidad del Otro (Juan 8:53-59). Estaban equivocados acerca de lo segundo, como vamos a ver, pero no estaban equivocados acerca de lo primero. El Padre es Dios.

Capítulo 4

El Señor Jesucristo, el Hijo, es Dios

Las Escrituras contienen abundante evidencia de que Jesucristo es Dios. Esta es una verdad que nadie tiene por qué dudar.

Preexistencia

De todos los hombres y mujeres que han caminado por esta tierra, solamente de Jesucristo puede decirse que su vida no comenzó cuando nació. Él existía antes de eso. Él era en el principio, y todas las cosas fueron hechas por Él (Juan 1: 1-3; Colosenses 1:15-18). Era rico antes de hacerse pobre (2 Corintios 8: 9). «Salí del Padre», dijo, «y he venido al mundo» (Juan 16:28). Se describió a sí mismo como «el que descendió del cielo (Juan 3:13), y preguntó a sus oyentes qué pensarían si le vieran «subir adonde estaba primero» (Juan 6:62).

Está claro que Él quiso que entendiéramos que Él es Dios, que ha venido a nosotros como Hombre. ¿Qué otra cosa podía haber dado a entender cuando oró en presencia de sus discípulos: «Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese»? (Juan 17:5). Sus pretensiones en cuanto a ser Dios fueron bien entendidas por los judíos, ya que ellos tomaron piedras para apedrearlo cuando le oyeron decir: «Antes que Abraham fuese, yo soy» (Juan 8: 58). Si El hubiera dicho: «Antes que Abraham fuese, yo era», no hubiera estado mal. Podrían haber sido caritativos y tildarle de maniático. Pero no dijo eso. Dijo: «Yo soy». Se atribuía, pues, una existencia continuamente actual desde antes del tiempo de Abraham hasta aquel momento. ¿Y no se había descrito Dios a sí mismo como «YO SOY»? ¿Qué otra cosa estaría haciendo Jesús, sino pretender para sí la deidad? Los judíos no aceptaron dicha demanda, sino que la consideraron como una blasfemia: y tomaron piedras...

Nombres y títulos

Antes que Jesús comenzara su ministerio público, había tenido lugar la predicación de Juan el Bautista. Este anunció que había venido en cumplimiento de la profecía de Isaías 40:3: «Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a vuestro Dios».

En el oriente era frecuente que un precursor fuese delante de cada persona importante. Su trabajo consistía en alisar la carretera ¡para que el dignatario que le seguía no encontrara demasiados baches en su camino! Juan el Bautista aclaró que aquel que le seguía era el mismo Jehová. Era Dios (Juan 1:23). Subrayó esto diciendo: «El que viene después de mí tiene más rango que yo, porque existía antes que yo» (Juan 1: 15, traducción del autor). Cuando finalmente Jesús vino al Jordán, Juan le identificó positivamente como aquel de quien él había hablado (Juan 1:29,30). ¡Jesús es el prometido Jehová! ¡Jesús es Dios! Sin embargo, los títulos que Juan le dio al Prometido fueron: «Cordero de Dios» e «Hijo de Dios» (Juan 1:29,34). El Hijo de Dios es Dios. Pero el Hijo no es el Padre, pues al bautizar Juan a Jesús, resonó, una voz desde el cielo, declarando: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Lucas 3:22).

Bien entendieron los judíos que el título: «Hijo de Dios» era para Uno que fuese plenamente Dios. Cuando Jesús fue juzgado la noche antes de su crucifixión, el sumo sacerdote le preguntó bajo juramento: «Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios» (Mateo 26:63). Jesús admitió que esto era cierto. Mateo nos dice lo que sigue: «Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia» (Mateo 26: 65). Estaba convencido de que Jesús había blasfemado, porque entendía perfectamente que el título «Hijo de Dios» es divino. Por supuesto, aquello no era una blasfemia sino la verdad. El sumo sacerdote y el concilio de los judíos no le creyeron.

¡Pero los discípulos sí! La gloriosa verdad de la identidad real de Cristo había penetrado en sus mentes un año o dos antes. Hablando por todos, Pedro le había dicho a Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16); «Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos

creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Juan 6:68,69). De la misma manera, cuando Pablo se convirtió en creyente cristiano, «enseguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios (Hechos 9: 20). El se regocijaba al recordar que Jesús era el «propio Hijo» de Dios (Romanos 8:3).

Lo mismo ocurría con Juan. Nos dice que la gloria que vio en la vida de Jesús fue la gloria del Hijo único del Padre (Juan 1:14), y que Él estaba con el Padre en el principio (1 Juan 1: 1,2). Él es «el Verbo» que estaba «en el principio con Dios» (Juan 1: 1,2). No sólo estaba con Dios, sino que «el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Juan es dogmático al extremo en cuanto a la deidad de Cristo. La gloria de Jehová que Isaías presencié unos 700 años a. C. no era otra sino la gloria de Cristo (Isaías 6; Juan 12:39,41). El propósito mismo de Juan al escribir su Evangelio era persuadirnos de que «Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios» (Juan 20:31).

El Hijo de Dios es Dios mismo. La Palabra «Señor» que con tanta frecuencia se le aplica a Él, también sirve para aclarar esto. Cuando llegó a traducirse el Antiguo Testamento al griego, *kyrios* fue la palabra que se usó para traducir «Jehová». El Nuevo Testamento fue escrito en griego, donde se usa la misma palabra *kyrios*, que se traduce «Señor» en nuestras versiones castellanas. ¡La palabra, usada para Jehová es la palabra usada para el Señor Jesucristo! Esto no nos sorprende: Jesús es Dios. El autor de la Epístola a los Hebreos refiere las palabras: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo», al -Señor Jesucristo (Salmo 45:6,7; Hebreos 1:8). Esta no es sino una de las muchas ocasiones donde pasajes del Antiguo Testamento que se refieren a Jehová son aplicados a Cristo por los escritores del Nuevo Testamento. Observando los siguientes pasajes podemos ver claramente que es propio hablar de Cristo como «Dios»: Números 21:5,6 y 1 Corintios 10:9; «Dios mío... tú eres el mismo, y tus años no se acabarán» (Salmo 102:24-27; Hebreos 1:10-12); «al Rey, Jehová de los ejércitos» (Isaías 6:1-10; Juan 12:39-41); «A Jehová de los ejércitos, a él santificad (Isaías 8:13,14; Romanos 9:33); «Dios fuerte» (Isaías 9:1-6; Mateo 4:14-16); y «el Señor» (Malaquías 3: 1; Mateo 11:10).

De la misma manera, Pablo no se avergüenza de llamarle «Dios sobre todas las cosas» (Romanos 9:5); y «nuestro gran Dios y Salvador» (Tito 2:13). Él asevera su deidad en frases tales como «la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo» (2 Tesalonicenses 1: 12). La iglesia, nos dice, fue ganada por Dios «por su propia sangre» (Hechos 20:28). Llega incluso a declarar que todo lo que hay en Dios habita corporalmente en el Señor Jesucristo. Esta es la fuerza plena de las palabras griegas de Colosenses 2:9, donde dice: «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad». Cualesquiera dudas que se abriguen hoy en día acerca de Jesucristo, ¡no cabe duda de lo que creyeron y enseñaron los apóstoles acerca de quién era Él! El Hijo no es el Padre, pero el Hijo es Dios. Y Él es Dios en el mismo sentido en que lo es el Padre.

Un hombre que razonaba en contra de la deidad de Cristo, dijo una vez: «Si fuera cierta, se habría afirmado en los términos más claros posibles». Su amigo respondió: «Si creyeses esta verdad y la estuvieras enseñando, ¿qué palabras escogerías para expresarla?» «Yo diría», el objetor respondió, «que Jesucristo es el verdadero Dios». Su amigo respondió: «Pues has citado precisamente las mismas palabras de la Escritura. Juan, hablando del Hijo, dice: «Este es el

verdadero Dios, y la vida eterna» (1 Juan 5:20).

Atributos

Viendo que a Jesús realmente se le llama Dios, no nos sorprende que las características que pertenecen a Dios se le atribuyan a Él. Por ejemplo, en Isaías 44:6 leemos que Jehová dice: «Yo soy el primero, y yo soy el postrero». Sin embargo, en Apocalipsis, Jesús dice: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último» (Apocalipsis 22:13). Jehová es eterno; Jesús es eterno. Es evidente, entonces, que Jesús es Jehová: Él es Dios.

De la misma manera, sabemos que Dios es inmutable (Malaquías 3:6); y sin embargo, el creyente encuentra consuelo en saber que el Hijo de Dios, Jesucristo, «es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). Dios está presente en todas partes, pero al ir nosotros a todo el mundo a divulgar el Evangelio, nos animan las palabras de Cristo: «He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Su presencia en todas partes también se manifiesta en su promesa acerca de donde dos o tres están congregados en su nombre (Mateo 18:20). Dios es todopoderoso, pero Jesucristo «puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3:2 l). Dios es omnisciente, pero esto también es evidentemente verdad acerca de Cristo. Él puede leer los corazones de la gente (Juan 2:24,25). Desde el principio, Él sabía exactamente quién le traicionaría (Juan 6:70,71; 13:10,11). Predijo los detalles de su propia muerte y resurrección (Mateo 16:2 l), y la negación y restauración de Pedro (Lucas 22:31-34). Sabe lo que ocurre en las iglesias (Apocalipsis 22). Pero nadie puede conocer plenamente el misterio de su propia Persona: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (Mateo 11:27).

«¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?» Pero Jesús dijo con autoridad al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Marcos 2: 7,5); y se nos exhorta a que «de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Colosenses 3:13). ¿Quién sino Dios es santo? Pedro, sin embargo, sabiendo esto perfectamente bien, no tuvo inconveniente en aplicar el Salmo 16 a Cristo, y llamarle el «Santo» (Hechos 2:27). Podría añadir muchos otros argumentos del mismo tenor. En Isaías 45:23 Jehová asegura: «Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua». El Nuevo Testamento asegura que Dios hará «que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor...» (Filipenses 2: 10, 1 l). Una y otra vez lo vemos: que lo que es verdad de Jehová solamente, es cierto de Jesús. ¡Jesús es Jehová! Lo que solamente puede decirse de Dios, se dice de Cristo. ¡Cristo es Dios! No tenemos por qué dudar más.

Obras divinas

¿Quién creó el mundo? Y sin embargo, se dice de Jesús: «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... el mundo por él fue hecho ...» «En él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por medio de él y para él» (Juan 1:3,10; Colosenses 1:16,17).

¿Quién sustenta el universo y lo gobierna? Y sin embargo, se dice de Jesús: «Todas las cosas en él subsisten». Él «sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. Él pudo anunciar a sus discípulos: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Colosenses 1: 17; Hebreos 1: 3; Mateo 28:18).

¿Quién, sino Dios, levantará a los muertos y juzgará al mundo? Sin embargo, leemos acerca de Jesús que «todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28,29). «Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo» (2 Corintios 5:10). El Señor Jesucristo afirmó esto de la forma más vívida en su parábola de las ovejas y los cabritos. Los pastores orientales tienen ambos en sus rebaños, pero llega el momento cuando tienen que separarlos. El anunció que vendría en su gloria, y reuniría a todas las naciones delante de sí: «Y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos» (Mateo 25:32). ¿Quién sino Dios podría hacer esto?

¿Quién, sino Dios, puede dar vida eterna? Pero Jesús dijo acerca de su pueblo: «Yo les doy vida eterna» (Juan 10:28). ¿Quién, sino Dios, puede enviar el Espíritu Santo? Pero Jesús prometió: «Os lo enviaré» (Juan 16:7). ¿Quién, sino Dios, puede santificar a su pueblo? Pero Pablo escribió: «Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra» (Efesios 5:25,26). Hay cosas que sólo Dios puede hacer; pero el Señor Jesucristo también hace estas cosas. Él tiene que ser Dios.

Las palabras y acciones de Jesús en esta tierra nos llevan a la misma conclusión. A lo largo del Antiguo Testamento leemos que los profetas presentaron sus mensajes diciendo: «Así dice Jehová». Cuando vino Jesús, su enseñanza también tuvo una autoridad única. Hizo tambalearse a aquellos que le oyeron (Mateo 7:28,29; Juan 7:32, 45,46). Estaban acostumbrados a la enseñanza de los escribas judíos, que se pasaban la mayor parte del tiempo citando autores eruditos. Jesús no hablaba como ellos; pero tampoco hablaba como los profetas. Él hablaba con su propia autoridad, diciendo: «Yo os digo» (Mateo 5:18, 20,22, etc.). En esas circunstancias esto era claramente una pretensión a la deidad. Él hablaba como Dios.

De la misma manera Él hablaba a los demonios, y éstos salían (Marcos 1:21-27). Bastaba sólo su palabra: ¡qué diferente a las elaboradas ceremonias de los exorcistas judíos! Hablaba a los vientos y a las olas, y le obedecían (Marcos 4:41). Hablaba a los ciegos, y éstos podían ver; a los sordos, y podían oír (Mateo 9:27-32; Marcos 7:34,35). A su palabra los paralíticos andaban, los enfermos eran sanados, y los muertos resucitados (Juan 5:8,9; Lucas 17:11-19; Marcos 5:41,42). Él hablaba como Dios, y los que presenciaron sus milagros se sentían en la presencia de Dios (Lucas 5:25,26; 7:16; 9:43). Sus milagros revelan su identidad, pues como Juan escribió hacia el final de su Evangelio: «Hizo además sus muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero del se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Juan 20:30,31).

Adoración divina

Si Jesús es Dios, entonces no puede ser un error. Las Escrituras enseñan no sólo que puede adorarse a Cristo, sino que se le debe adorar. Es al Señor Jesucristo a quien se refiere este mandato; «Adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1:6). Y lo hacen. Incontables miríadas de seres están a su alrededor en el cielo, diciendo «a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honor, la gloria y la alabanza (Apocalipsis 5:12). A ellos se une su pueblo en la tierra, que exclama: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Apocalipsis 1:5,6).

Se conoce a los cristianos como aquellos que «invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 1:2) porque le ofrecen a Cristo su adoración. Hacen esto porque Dios quiere que todos honren al Hijo como honran al Padre» (Juan 5:23). Es por eso que Esteban oró a Cristo cuando estaba a punto de morir (Hechos 7:59,60). Es por eso que los convertidos han de ser bautizados en el nombre del Hijo, así como del Padre y del Espíritu Santo (Mateo 28:19). Es por eso que, cuando el apóstol Pablo pronunció una bendición sobre sus lectores, invocó la gracia del Señor Jesucristo, al igual que el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo (2 Corintios 13:14). El Señor Jesucristo es Dios en el mismo sentido que las otras dos Personas.

Uno de los incidentes más emotivos en los Evangelios se refiere a «Tomás el incrédulo». El día en que nuestro Señor resucitó de los muertos, se presentó a sí mismo vivo ante sus asustados discípulos, los cuales se encontraban reunidos con las puertas bien cerradas. Pero Tomás estaba ausente, y no quería creerles cuando más tarde le dijeron: «Al Señor hemos visto». Su respuesta fue: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré» (Juan 20:25).

Juan nos habla de lo que ocurrió después. «Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20:26-28).

Jesús no rechazó esta asombrosa confesión de los labios de Tomás. No dijo que su adoración era blasfemia, y que solamente Dios debía ser adorado. La aceptó totalmente. De hecho, respondió: «Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (Juan 20:29). Dejó bien claro que creer en su deidad es ser creyente. «Señor mío y Dios mío» permanece como la confesión de adoración de los verdaderos creyentes hoy. Él es el objeto de su fe. Es por creer en El que son salvos (Hechos 16:31). Le conocen como «nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2:13).

No se alarman porque aquel a quien adoran de esta manera dijese: «El Padre mayor es que yo» (Juan 14:28). Por el contrario, se maravillan de que aquel que es eternamente Dios, y co-igual

con el Padre, se hiciera hombre, y soportara tal humillación como para decir semejante cosa. El era verdaderamente Hombre, y fue como Hombre que dijo esto. Sin embargo, era un Hombre que tenía a Dios como Padre de una forma singular. La razón es que Él era verdaderamente Dios. La Trinidad es el primer gran misterio del ser divino, y éste es el segundo. Este es un tema que requiere todo un libro para sí. Basta con decir que la verdadera humanidad del Señor Jesucristo no menoscaba su verdadera deidad. Lo decimos de nuevo: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad» (Colosenses 2:9).

Entonces, ¿hasta dónde hemos avanzado? Hemos visto que no hay sino un Dios. Hemos visto que el Padre es Dios. Hemos visto que el Señor Jesucristo, el Hijo, es Dios. Vemos claramente que los dos son distintos: el Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre. Sabemos con certeza que no hay dos dioses. Pero hay dos que son Dios.

La palabra «Trinidad», sin embargo, no expresa una duplicidad sino una triplicidad, y viene de la palabra latina trinitas, acuñada por Tertuliano de Cartago a finales del siglo II. Las sencillas afirmaciones de la Biblia estaban siendo pervertidas por los enemigos de la fe cristiana y por los herejes, y era esencial disponer de una palabra que resumiera la gran verdad bíblica de que Dios es Uno-en-Tres y Tres-en-Uno. Teófilo de Antioquía había usado la palabra griega trias en este sentido en el año 180 d.C., pero la nueva palabra latina de Tertuliano resultó ser mucho más satisfactoria. «Trinidad» no es, pues, una palabra bíblica, pero se usa para describir una verdad que se enseña claramente en la Biblia. La iglesia cristiana ha usado libremente esta palabra desde el año 220 d.C. aproximadamente. Porque no hay solamente dos que sean Dios. El Padre es Dios, el Señor Jesucristo, el Hijo, es Dios; pero también lo es el Espíritu Santo.

Capítulo 5

El Espíritu Santo es Dios

Una Persona

Hay muchos que tienen la impresión de que el Espíritu Santo no es una Persona. El título «Hijo», usado para referirse al Señor Jesucristo, inmediatamente sugiere personalidad, pero no ocurre así con los términos «Espíritu Santo» y «Espíritu de Dios». El Hijo de Dios vino a nosotros como hombre, pero el Espíritu Santo nunca ha aparecido de una forma personal tan evidente. Es demasiado fácil pensar en Él como si se tratara de una mera fuerza o influencia que procede de Dios, y hay pasajes en la Escritura que parecen apoyar esta impresión: por ejemplo, aquellos que hablan de Él como viento, o aliento, o en términos de poder (Ezequiel 37:1-14 es un buen ejemplo). Pero cuando observamos todo lo que las Escrituras dicen acerca del Espíritu Santo, se hace evidente que Él es verdaderamente una Persona, que es Dios en el mismo sentido que lo son el Padre y el Hijo, y que, sin embargo, es distinto de ambos.

Le vemos actuando como Persona. Si echamos un vistazo a Juan, capítulos 14-16, veremos que

Jesús dice que Él mora (14:17); enseña y recuerda (14:26); testifica (15:26); convence (16:8); guía, oye, habla, muestra y glorifica (16:13,14). Un mero poder o influencia no puede hacer todas estas cosas. En otros lugares del Nuevo Testamento leemos que Él enseña (Lucas 12:21; 1 Corintios 2:13); testifica (Hechos 5:32); habla (Hechos 8:29; 28:25; Hebreos 3:7); llama al ministerio (Hechos 13:2); envía (Hechos 13A); prohíbe ciertas acciones (Hechos 16:6,7); levanta a los muertos (Romanos 8: 26); santifica (Romanos 15:16); revela, escudriña, conoce (1 Corintios 2: 10,1 1); y realiza muchas otras acciones que solamente pueden ser hechas por una persona.

No solamente actúa Él como Persona, sino que las características que le son atribuidas. Se constituyen la personalidad dice que tiene inteligencia (Juan 14:26; 15:26; Romanos 8:16); voluntad (1 Corintios 12:11); y sentimientos (Isaías 63: 10; Efesios 4:30). ¿Hubiera podido hablar Pablo del «**amor del Espíritu**» si el Espíritu Santo fuese simplemente una manera de describir una fuerza que es «Dios en acción»? (Romanos 15:30). ¿Podría decirse que Dios conoce la mente del Espíritu, si Él no fuera otra Persona dentro de la Divinidad? (Romanos 8: 27). ¿Y cómo podrían los hombres mentirle (Hechos 5:3), tentarle (Hechos 5:9), resistirle (Hechos 7:5 1), contristarle (Efesios 4:30), afrentarle (Hebreos 10:29), blasfemar contra Él (Mateo 12:3 1) invocarle (Ezequiel 37:9), si no fuese Él una Persona? ¿Quién podría hacer estas cosas a un poder impersonal?

¿Podrían haber dicho los apóstoles: «Ha parecido n al Espíritu Santo, y a nosotros ... » (Hechos 15:28), si El fuera un mera fuerza o influencia? ¿Cómo podrían los convertidos ser bautizados «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo 28-19), si los dos primeros fuesen Personas, el tercero no? ¿Podría haberse dicho que Jesús «volvió en el poder del Espíritu» (Lucas 4:14) si la abra «Espíritu» simplemente significa «poder»? enseñanza de ese versículo es precisamente que Espíritu y su poder son dos cosas diferentes. Él tiene poder, pero no es un poder. Lo mismo puede ciertos otros versículos (como Hechos 10:38; Romanos 15:13 y 1 Corintios 2:4), que se tornan absurdos y sin significado si se cambia la palabra «espíritu» por la palabra «poder».

El Nuevo Testamento fue escrito en griego y la palabra griega para «Espíritu» es pneuma. Este sustantivo es neutro. Esto significa que los griegos no consideraban pneuma como «él» o como «ella», sino como «ello». Sin embargo, en Juan 16:7, 8, 13,14, etc., Jesús se refirió al neutro pneuma con un pronombre masculino. En otras palabras, El le llamó «él» cuando, para obedecer las reglas gramaticales, debiera haberle llamado «ello». Al hacerlo, Jesús nos enfatizó que el Espíritu Santo es una Persona, y no una cosa. Al mismo tiempo llamó al Espíritu con el nombre de «Consolador» (o «Ayudador»: Juan 14:16,26; 15:26; 16:7). Esto no puede traducirse de ningún modo como «consuelo», o ser considerado como el nombre de alguna clase de poder o influencia. Jesús prometió que después de su propia partida, este Consolador sería para sus discípulos lo que El mismo era en aquellos momentos. Está claro que el Espíritu Santo es una Persona al igual que Jesús mismo. Está claro también que Jesús y el Espíritu Santo son distintos el uno del otro.

Una Persona divina

Jesús es Dios, y sería sorprendente que la Persona que Él enviara para ocupar su lugar fuese algo menos que eso. ¿Quién podría ser para los discípulos lo que Jesús mismo había sido, si no fuera también Dios? Y así fue. No hay sino un Espíritu (Efesios 4: 4), y el Nuevo Testamento nos da cuatro argumentos claros que nos manifiestan que Él es Dios. Estos son exactamente similares a los argumentos que establecen la deidad de Cristo, pero no son menos convincentes por dicha causa.

El primero es que los nombres de Dios se usan con respecto al Espíritu Santo. A éste se le llama Dios. Por ejemplo, en Éxodo 17:7 leemos que «los hijos de Israel... tentaron a Jehová. El Salmo 95:8 se refiere a este incidente, y en él Dios dice: «No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba... donde me tentaron vuestros padres». Cuando se a este pasaje del Salmo en Hebreos 17-11, se dice que estas palabras son del Espíritu Santo. En otras palabras, el Dios que habla en el Salmo (el Jehová que fue tentado en el desierto) no es otro que el Espíritu Santo.

Vemos lo mismo que Isaías 6:8,9. Aquí Isaías oye la voz de Jehová preguntando: «¿A quién enviaré ... ?» Poco después Jehová le comisiona para ser profeta con las palabras: «Anda, y di a este pueblo... » Cuando Pablo cita estas palabras en Hechos 28:25-27, dice que era el Espíritu Santo quien hablaba; por tanto, el Espíritu Santo es Jehová. Él es Dios. La misma lección puede aprenderse comparando Jeremías 31:33 con Hebreos 10:15,16. Por esta razón, Pedro estaba tan convencido de que mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios (Hechos 5,4). Es por esto que Pablo insiste en que el Espíritu Santo, al morar en una persona, hace que el cuerpo de esa persona sea el templo de Dios (1 Corintios 3:16,17; 6:19).

Un segundo argumento es que los atributos de Dios aplicados al Espíritu Santo. Lo que sólo puede decirse con respecto a Dios, ¿se dice referente a Él! Esto no podría ser así si El no fuera Dios mismo. Unos pocos ejemplos son suficientes. Nadie sino Dios es eterno; pero en Hebreos 9:14 esto se dice del Espíritu Santo. El Espíritu es santo. El Espíritu está en todo lugar en todo tiempo (Salmo 139: 1-10). El Espíritu sabe todas las cosas (Isaías 40: 13,14; 1 Corintios 2:10,11; Romanos 11:34). El Espíritu puede hacer todo lo que quiere (1 Corintios 12:11; Romanos 15:19). Estas cosas sólo son verdad referidas a Dios; pero también son ciertas con respecto al Espíritu. El Espíritu Santo es Dios.

Un tercer argumento es que las obras de Dios son atribuidas al Espíritu Santo. ¿No fue Dios quien creó al hombre? Sin embargo, Eliú pudo decir: «El espírituⁱⁱ de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida» (Job 33A). ¿Quién, sino Dios, puede sustentar el universo que El creó? ¿Quién, sino Dios, puede obrar milagros? ¿Quién, sino Dios puede dar al pecador una nueva naturaleza, y vivificarla espiritualmente? ¿Quién, sino Dios, puede (y lo hará) resucitar a los muertos? Y sin embargo, todas estas cosas son atribuidas por las Escrituras al Espíritu Santo (Salmo 104:30 y Job 26:13; Mateo 12:28 y 1 Corintios 12:9-11; Juan 3:5,6 y Tito 3:5; Romanos 8:11). ¿Quién, sino Dios mismo, puede hacer las obras de Dios? ¡Pero éstas son precisamente las obras que el Espíritu Santo realiza!

En 2 Corintios 3:18 se nos dice que el Espíritu Santo transforma gradualmente los caracteres de los creyentes. Estos son transformados más y más a la imagen de Dios. ¿Podría alguno, inferior a Dios, „hacer eso? De la misma manera, mientras que Pablo nos dice que las Escrituras fueron inspiradas «por Dios» (2 Timoteo 3:16), Pedro nos dice que su verdadero Autor es el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21). ¡Ciertamente el Espíritu Santo es Dios!

Un cuarto argumento es que la adoración y la honra que deben ofrecerse solamente a Dios son, -,en las Escrituras, ofrecidas al Espíritu Santo. Los convertidos al cristianismo son bautizados en su, nombre (Mateo 28:19). Existe tal cosa como la blasfemia contra El. La blasfemia consiste en insultar la honra de Dios, y si el Espíritu Santo no fuera Dios, sería imposible blasfemar contra El. Pero al ser así, esta clase de blasfemia es la más grave de todas, y jamás puede ser perdonada (Mateo 12:31,32). En Romanos 1:9 Pablo invoca a Dios para que dé testimonio de la veracidad de lo que dice; pero en Romanos 9:1, en un pasaje parecido, declara que es en el Espíritu Santo que su conciencia le da testimonio de la veracidad de sus palabras. El no teme invocar al Espíritu Santo cuando ora a Dios que bendiga a aquellos a quienes ha estado escribiendo (2 Corintios 13:14).

Así, pues, el Espíritu Santo es llamado Dios. Tiene los atributos de Dios. Hace las obras de Dios. Es invocado y honrado como Dios. Solamente podemos concluir que El es Dios, y que lo es en el mismo sentido que lo son el Padre y el Hijo.

Una Persona distinta

Sin embargo, debemos tener cuidado de notar que el Espíritu Santo es una Persona distinta. El es Dios como lo es el Padre. El es Dios, como lo es el Hijo. Pero El no es el Padre y no es el Hijo.

Trataremos esto más detenidamente en nuestro próximo capítulo. No obstante, debemos afirmar este punto ahora. Dos textos son suficientes para ello. El primero es Mateo 12:31,32 al que nos hemos referido poco antes. Aquí dice Jesús que la blasfemia puede ser perdonada. Los que le oyeron entonces habrían entendido que estaba hablando acerca de la blasfemia contra Dios el Padre. A continuación enseña que la blasfemia contra el Hijo también puede ser perdonada. Sin embargo, la blasfemia contra el Espíritu Santo jamás puede ser perdonada. Es evidente que la blasfemia contra el Espíritu Santo no es la misma acción que la blasfemia contra el Padre, o contra el Hijo. Para que esto sea así, el Espíritu Santo debe ser distinto del Padre. Debe ser, también, distinto del Hijo.

El segundo texto es Juan 15:2, donde Jesús habla del Consolador, «a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre... ». Está claro que el Espíritu Santo no es el Señor Jesucristo, porque es Cristo el que promete enviarle. Está igualmente claro que el Espíritu Santo no es el Padre, ya que Cristo le envía del Padre. Cada uno es Dios y, sin embargo, cada uno es distinto. La verdad es, como lo expresa el Catecismo Menor de Westminster, que

«Hay tres personas en la Divinidad; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estos tres son un Dios, lo mismo en sustancia, iguales en poder y gloria». Esta es la doctrina de la Trinidad expresada en su forma más sencilla.

Capítulo 6

Tres personas distintas

El propósito de este capítulo consiste en enfatizar el punto que acabamos de expresar. El Padre no es el Hijo. El Hijo no es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es el Padre. Cada uno es Dios. Cada uno es totalmente Dios. Pero cada uno es distinto del otro. Esta verdad no es difícil de expresar, pero es totalmente imposible de entender.

Algunos, al tratar de hacer comprensible esta verdad, sólo han logrado negarla. Normalmente sucede una de las siguientes cosas:

Algunos, conscientes de que la Biblia enseña que Dios es tres, han terminado por negar que Dios es uno. Han caído en la trampa de pensar que las tres Personas son tres seres divinos separados. En otras palabras, se han convertido en triteístas: los que creen en tres dioses.

Otros, conscientes de que la Biblia enseña que Dios es uno, han negado la deidad del Hijo, y la deidad del Espíritu Santo. Han rehusado aceptar a estas dos Personas como Dios. Esto les deja con sola Persona divina, que es el único Ser divino. A éstos se les llama unitarios o arrianos.

Otros, también conscientes de que la Biblia enseña que Dios es uno, han pensado que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una misma Persona. No hay sino un solo Ser divino, que aparece en diferentes ocasiones y de diferentes maneras. Los nombres el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, describen sencillamente los diferentes aspectos o funciones de esa una Persona divina.

Si hemos asimilado y creído la enseñanza de los títulos anteriores, los dos primeros errores no deben inquietarnos. Hemos visto que Dios es uno. Hemos visto que cada una de las tres Personas es Dios. Pero al mismo tiempo que enfatizamos estos dos hechos, debemos continuar enfatizando que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos entre sí. Esto nos libraré del tercer error.

Los títulos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son los nombres de una misma Persona que aparece en diferentes formas y ocasiones. Se trata de Personas distintas. De ahí que en Juan 12:28 el Padre dice: «Yo»; en Juan 17:4 el Hijo dice: «Yo»; y en Hechos 13:2 el Espíritu Santo dice: «Yo». Hay tres que son Dios, y cada uno puede decir «Yo»; y ninguno de ellos dice:

«Nosotros». Sin embargo, tienen en común una inteligencia, poder y voluntad infinitos. Así que, cuando decimos que son Personas distintas, no queremos decir que una está separada de la otra como lo está una persona humana de todas las demás. Ellos son un solo Dios. Para nosotros, su forma de existir en una sola sustancia es un profundo misterio. No hay manera de explicarlo. Lo único que se nos ha revelado es que los Tres son distintos como «un Espíritu...un Señorel mismo Dios» (1 Corintios 12:4-6). Evidentemente ellos son tres. Sin embargo, es imposible olvidar que solamente son uno.

No debemos creer esto simplemente porque es la fe histórica de la iglesia cristiana. Una fe de segunda mano no es una fe viva. Necesitamos ver esta verdad por nosotros mismos en la Biblia. ¿Por qué no echar un vistazo, al menos, a algunas de las referencias bíblicas mientras continuamos con el tema? Esto debiera ser especialmente fácil con respecto a las próximas páginas, donde tantas de las referencias proceden del mismo libro de la Biblia: el Evangelio de Juan.

La evidencia bíblica

En el capítulo 4 vimos que el Señor Jesucristo, el Hijo, es Dios, y que El es la perfecta expresión del Padre,(Juan 1:18). También ha sido revelado que Cristo es enviado por el Padre (Juan 5:23,24); procede de Él (Juan 16:28); vuelve a El (Juan 14:12; 16:28); recibe su mandamiento (Juan 10:18; 14:31); hace su voluntad (Juan 4:34; 6:38); le ama (Juan 14:31); es amado por El (Juan 3:35); se dirige a El en oración, usando las palabras «ti» y «tú», como también El lo hace (Juan 11:41; 17:3; 12:27,28), y habla de Él como «él», «a él» y «sí mismo» (Juan 5: 19-26). También leemos del Padre hablando al Hijo, y dirigiéndose a Él como «tú», y no como «yo» (Marcos 1:11; Lucas 3:22); hablando de El como «él» (Marcos 9:7); y dando una respuesta audible a una de sus oraciones (Juan 12:27,28). Está claro que el Padre no es el Hijo, y que el Hijo no es el Padre. Sus mismos títulos sugieren esto, pero ahora la verdad es obvia; y sin embargo, cada uno de ellos es Dios, como ya hemos visto.

Sin embargo, eso no es todo. Leyendo Juan 14:16,26; 15:26 y 16:13-15, aprendemos algo más. El Consolador, el Espíritu Santo, también es distinto del Padre, e igualmente distinto del Hijo. Jesús le pide al Padre que le envíe. El Padre le envía en el nombre del Hijo. Jesús mismo le envía del Padre. El Espíritu glorifica al Hijo y toma lo que el Padre le ha dado al Hijo, y lo muestra a sus discípulos. En el capítulo 8 volveremos a mirar todos estos versículos, pero por el momento notarnos que cada frase está escogida para dejar perfectamente claro que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos entre sí. El uno no es el otro.

Por supuesto que hay otros pasajes donde es evidente que Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo son distintos. Al principio del Evangelio de Mateo (3:13-4: 1) leemos el relato del bautismo de nuestro Señor Jesucristo. Al salir del agua, el Espíritu de Dios desciende sobre El, y al mismo tiempo la voz del Padre suena desde el cielo, reconociéndole como su amado Hijo, en quien tiene complacencia. ¿Podría haber una indicación más clara de la distinción entre las Personas que ésta: el Padre en el cielo, el Hijo en la tierra y el Espíritu Santo que desciende?

En los últimos versículos del mismo Evangelio leemos acerca de la comisión de nuestro Señor en cuanto a hacer discípulos a todas las naciones, y bautizar a los convertidos «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo 28:19). El uso de la palabra «y» en esta frase es suficiente para indicar que el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Espíritu Santo y el Espíritu Santo no es el Padre. Sin embargo, la unidad de Dios no se quiebra: los convertidos han de ser bautizados no en los «nombres», sino «en el nombre».

Algo parecido vemos en 2 Corintios 13:14, donde la bendición de Pablo es: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén». Una vez más, la palabra «y» muestra que debemos considerar a los Tres como distintos entre sí. Sin embargo, como hemos visto, Pablo creía claramente en la unidad de Dios. El invoca a las tres Personas en su bendición, y claramente acepta la trinidad de Dios, lo cual puede hacer mientras mantiene su unidad. Repetimos que, si bien la palabra «Trinidad» no se encuentra en la Biblia, la doctrina de la Trinidad está allí a la vista de todos.

La palabra «Persona»

Pero hay otra palabra que hemos usado muchísimo en este libro y que no hemos encontrado en ninguno de los pasajes bíblicos que hemos examinado. Es la palabra «Persona». Algo tenemos que decir acerca de esto.

La doctrina de la Trinidad no es difícil de encontrar en la Biblia, pero frecuentemente los cristianos han encontrado difícil expresarla. No es difícil decir que no ha sino un Dios. No es difícil decir que hay tres que son Dios. La dificultad se presenta cuando alguien pregunta: «¿Tres qué?» No podemos decir: «Tres tercios», porque el Padre no es una parte del solo Dios, sino el todo de Dios; y lo mismo es cierto del Hijo y del Espíritu Santo. No podemos decir: «Tres dioses», porque esto significa que hemos caído en el triteísmo, y negado la unidad de Dios. Entonces, ¿cómo llamamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo? Ellos son los tres... (?) de la Divinidad. No podemos repasar la historia dejando algo en blanco. Tenemos que rellenarlo, ya sea encontrando una palabra adecuada, o produciendo una nueva.

Un cierto número de diferentes palabras han sido usadas a través de los siglos, y todas ellas han resultado, de una forma u otra, inadecuadas. Los escritores griegos usaron generalmente la palabra *hupostasis* («hipóstasis»), mientras que los autores latinos usaron *persona* («máscara», o «personaje de una comedia»), *substantia* («sustancia»), y a veces, especialmente en la Edad Media, *subsistentia* («subsistencia»). El uso de diferentes palabras simplemente subraya el hecho de que ninguna de ellas era considerada suficientemente buena para expresar lo que se quería decir. Nuestra palabra «persona» procede de su homónimo latino, y es la palabra que ha llegado a usarse con más frecuencia en el mundo de habla hispana.

Sin embargo, ésta es una palabra que debemos usar con muchísimo cuidado. Ciertamente no de-

bemos utilizarla en su sentido latino original. Las tres Personas de la Divinidad no son como un actor en una comedia, que aparece interpretando tres distintos papeles o con tres diferentes vestimentas. Tampoco debemos usar la palabra «persona» como lo hacemos en el lenguaje corriente. En este caso la usamos con respecto a un ser humano individual y distinto, que es consciente de sí mismo, esto es, de su propia y aislada identidad. En Dios no hay tres individuos, cada uno al lado de los otros y separados entre sí, quienes, al menos en teoría, pueden actuar mutuamente en contra. Pensar de esa manera nos haría volver al triteísmo. Por «Personas» queremos decir que hay distinciones personales dentro del Ser divino, que pueden usar con respecto a sí mismas la palabra «yo», y con respecto a las otras las palabras «tú» y «él». Pero no queremos decir que el Ser divino sea capaz de estar dividido, o que se considere como una colección de tres individuos separados. Misteriosamente, se puede decir que una Persona está «en» otra (Juan 17:21). Dios es «una esencia indivisible». En este sentido Él es uno, pero esta esencia divina existe eternamente como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En este sentido, Dios es tres. No podemos concebir cómo tres Personas pueden tener entre ellas una sola inteligencia y voluntad. Pero es necesario subrayar que lo creemos, no porque podamos comprenderlo o explicarlo, sino porque esto es lo que Dios ha revelado acerca de sí mismo en su Palabra. Él es:

El indiviso Tres,
Y el misterioso Uno.

Tan pronto como pensemos en Él de diferente manera, tendremos un concepto de Dios que es diferente al que nos ofrecen las Escrituras. Nos habremos creado un Dios imaginario. Esto es idolatría.

Estamos profundamente conscientes que la Trinidad es un misterio que está fuera del alcance de nuestra comprensión. La gloria de Dios es incomprensible. No existen analogías para lo que hemos estado describiendo. No hay manera alguna en que podamos representar esta verdad. Se pueden tener tres hombres, cada uno de los cuales es igualmente humano y distinto de los otros. Pero al fin y a la postre todavía hay tres hombres, y no uno. Las tres Personas de la Divinidad son cada una igualmente Dios, y distintas entre sí. El misterio es que todavía son un solo Dios. Este Dios no existe fuera de, o aparte de, las tres Personas. No tiene otra existencia excepto como las tres Personas de la Trinidad. Todo lo que se pueda decir acerca de Dios puede decirse también acerca de cada una de las Personas, pues cada una de ellas es Dios, y tiene igual dignidad en la Divinidad. En este sentido puede decirse que ninguna de ellas que está debajo o sobre las otras, y lo que es verdad acerca de una de ellas, lo es también de las otras dos.

Sin embargo, dejando esto sentado, hay cosas que pueden decirse acerca del Padre que no se pueden aplicar al Hijo o al Espíritu Santo. Igualmente, hay cosas que pueden decirse del Hijo o del Espíritu Santo solamente. Según el Catecismo Mayor de Westminster, «Hay tres personas en la Divinidad, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y estos tres son un Dios eterno y verdadero, los mismos en sustancia, iguales en poder y gloria; si bien diferenciados por sus cualidades personales». A continuación trataremos sus «cualidades personales».

Capítulo 7

La eterna generación del Hijo

El título de este capítulo puede sonar complicado; por tanto, aclaremos de qué se trata. Estamos considerando las «cualidades personales» de las Personas de la Divinidad. Hay ciertas cosas que pueden decirse acerca de cada una de ellas, que no se aplican a las otras dos.

«¿Cuáles son las cualidades personales de las tres personas en la Divinidad?», pregunta el catecismo citado al final del capítulo anterior. La respuesta es sumamente profunda: «Es propio del Padre engendrar al Hijo, y del Hijo ser engendrado por el Padre, y del Espíritu Santo proceder del Padre y del Hijo desde toda la eternidad».

Esto nos dice que si aislamos dos temas, podemos tratar en toda su plenitud la cuestión de las «cualidades personales». Debemos hablar del Padre engendrando y del Hijo siendo engendrado. Haremos esto en este capítulo. Luego debemos tratar la procesión del Espíritu Santo, y haremos esto en el siguiente capítulo.

La palabra clave en este momento es la palabra «hijo», y nos será de gran ayuda si reconocemos inmediatamente que la Biblia usa esta palabra de varias maneras diferentes. Debemos evitar a toda costa la tosca noción de que porque Jesús es llamado el «Hijo de Dios», esto implica que Dios tuvo un niño.

Algunas veces la palabra significa lisa y llanamente «hijo»; pero también se usa en el sentido más general de «descendiente». Los descendientes de Israel son así conocidos como «los hijos de Israel». Pero con mucha frecuencia la palabra no conlleva en absoluto la idea de «nacer». Los ciudadanos de Sión son llamados «hijos de Sión». Los alumnos o discípulos de los profetas son llamados «los hijos de los profetas» (1 Reyes 20:35). Los hombres rudos y sin principios son conocidos como «hijos de Belial» (Deuteronomio 13:13, V.M.), mientras que alguien que merece morir es un «hijo de muerte» (1 Samuel 20:31, en el original hebreo). Estos ejemplos son del Antiguo Testamento, pero en el Nuevo Testamento se usa la palabra de forma parecida.

No nos sorprende, por tanto, encontrar la expresión «hijos de Dios», y no nos precipitamos a la conclusión de que Dios tiene descendientes. Los gobernantes terrenales son descritos como «hijos del Altísimo» (Salmo 816), porque su poder les es delegado por Dios, y lo ejercen bajo su autoridad. La expresión «hijos de Dios» se usa para describir a los ángeles (Job 1:6), al igual que a los hombres y mujeres que son el objeto especial del amor de Dios: los discípulos cristianos que han recibido el privilegio de la adopción, y son recibidos como miembros de la familia de

Dios (Mateo 5:9; Gálatas 3:26). Pero cuando el título «hijos de Dios» se utiliza con referencia a las criaturas, ya sean seres humanos o ángeles, siempre se usa en plural. Solamente con respecto al Señor Jesucristo, la segunda Persona de la Trinidad, se usa en singular. La única excepción a esto se encuentra en Lucas 3:38, donde se usa con referencia a Adán. La razón es que, evidentemente, Adán debía su vida directamente a Dios, sin la intervención de un padre humano.

Hijo de Dios

Al considerar este título «Hijo de Dios» que se usa con respecto a nuestro Señor Jesucristo (Juan 19:7), debemos darnos cuenta que la palabra «hijo» no se emplea de ninguna de las maneras que hasta ahora hemos descrito. Él no es el Hijo de su Padre en el sentido de que tuviera un principio. Tampoco es la frase un título honorable, como el que se aplica a los gobernantes terrenales. Tampoco es un mero artificio para recordarnos que se hizo Hombre por medios sobrenaturales, y no por generación ordinaria: aunque por supuesto nos lo recuerda (ver Lucas 1:35). Tampoco es una manera ingeniosa de decir que Él estaba más cerca de Dios que cualquier otro. Su uso es totalmente diferente. La primera Persona de la Trinidad es llamada «Padre» para mostrarnos cuál es su relación eterna con el Hijo. La segunda Persona de la Trinidad es llamada «Hijo» para mostrarnos qué relación tiene, a su vez, con la primera Persona. «Padre» e «Hijo» son títulos corrientes, pero ayudan a transmitir a nuestras pobres mentes algo de la relación que estas dos Personas gozan eternamente entre sí.

Los términos sugieren e implican que el Hijo es lo que es por causa del Padre, pero no implican que el Padre es lo que es por causa del Hijo. La misma idea es sugerida por la frase «el unigénito», que con tanta frecuencia se usa en las Escrituras. Él es el «unigénito del Padre» (Juan 1:14); «el unigénito Hijo» (Juan 1:18; 3:16); y el «unigénito Hijo de Dios» (Juan 3:18). El Hijo debe su generación al Padre, pero no puede decirse lo mismo al revés. En otras dos ocasiones se usa el término «primogénito»: un término que simplemente enfatiza que Él era antes que toda creación (Colosenses 1:15; Hebreos 1:6). La relación entre el Padre y el Hijo es evidentemente singular. No obstante, la Escritura está dispuesta a ayudar a nuestras mentes mortales a comprender, hablándonos de la misma en términos de generación y nacimiento. Se dice también que el Hijo es la imagen misma de Dios el Padre y el resplandor de su gloria (Hebreos 1:3). Sería imposible que Él fuera lo que es, sin el Padre, pero nunca se dice que Dios el Padre es la imagen misma de Dios el Hijo.

No estamos sugiriendo que el Padre creara al Hijo. El Credo Atanasiano tiene razón al declarar: «El Hijo procede del Padre solamente, ni hecho, ni creado, sino engendrado». El Señor Jesucristo no es una criatura. En el capítulo 4 vimos que Él es Dios, como el Padre es Dios. Ambos son Dios; ambos son igualmente Dios; ambos son Dios eternamente; y ambos son Dios en el mismo sentido. Tampoco estamos diciendo que Dios el Padre escogió hacer algo, o que algo que no había ocurrido tuvo lugar. Estamos hablando de algo que ocurre naturalmente en la Divinidad, y que siempre ha ocurrido: algo que está ocurriendo ahora, y que ha ocurrido eternamente. Si no fuera así, habría algún cambio en la Divinidad, y eso es imposible. Además, estaría en contradicción con la clara enseñanza bíblica de que las salidas de Cristo «son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5:2; ver Mateo 2:6 y Juan 7:42).

Dios el Padre no hace que Dios el Hijo sea Dios. El es Dios por derecho propio. Sin embargo, sin Dios el Padre no habría ninguna Persona en la Divinidad que fuera Dios el Hijo. El Hijo es lo que es por causa del Padre. Dentro de la Divinidad ocurre algo similar a pensar y hablar. El Hijo es la expresión del Padre. Es por dicha razón que es llamado «el Verbo», que está con Dios, y es Dios, desde el principio (Juan 1:1,2). Esto es lo que el Hijo es. No podría ser esto sin Dios el Padre. El Padre no podría encontrar expresión sin el Hijo. Esta es la relación que la primera y segunda Personas de la Trinidad tienen entre sí.

Para expresar esto en un lenguaje más técnico, podemos citar de nuevo a Louis Berkhof. «Podemos dar la siguiente definición de la generación del Hijo: Es aquel acto necesario y eterno de la primera persona de la Trinidad, por medio del cual, dentro del Ser divino está la base para una segunda subsistencia personal semejante a la misma del Padre, y pone a esta segunda persona en posesión de la completa esencia divina, sin ninguna división, enajenación o cambio» (Teología Sistemática, pág. 110).

La Biblia habla

Escritura tras Escritura habla de la misteriosa verdad que estamos considerando. El Señor Jesucristo es Dios por derecho propio; pero pensemos en las maneras en que se le describe. No sólo es el Verbo de Dios (Juan 1:1), y la fiel representación de su naturaleza (Hebreos 13, RV-77); sino que es también en forma de Dios (Filipenses 2:6), «la imagen del Dios invisible» (Colosenses 1:15; 2 Corintios 4:4). El punto principal se enfatiza constantemente. El Hijo no podría ser lo que es sin Dios el Padre. El es lo que es por causa de Dios el Padre.

Es importante subrayar que esta relación entre el Hijo y el Padre no tuvo principio. Ha sido siempre así. No debemos pensar que Jesús es llamado «el Hijo» solamente desde su nacimiento como Hombre en el mundo. Juan 1:14-18 deja claro que fue al hacerse carne que los hombres vieron al unigénito del Padre, pero Él era el unigénito antes de entonces. Era el amado Hijo de Dios cuando hizo el universo (Colosenses 1:14-20). No fue ésta una posición a la que llegó después. De la misma manera, tanto Romanos 1:3 como Gálatas 4:4 le describen como siendo el Hijo de Dios antes de hablar de su nacimiento. El era el Hijo antes que viniera en semejanza de carne de pecado (Romanos 8:3). Él era el Hijo de Dios antes que Dios le enviara al mundo (Juan 3:16; 1 Juan 4:9).

Hebreos 1:5-8 es un pasaje especialmente importante. Declara que, como Hijo, el Señor Jesucristo es Dios y reina en un trono eterno. Es Él quien, como «el Primogénito», es introducido en el mundo. Su calidad de Hijo es eterna. Esta relación con Dios el Padre no tuvo principio. Es también única y más allá de nuestra comprensión: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni el Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mateo 11:27).

En Juan 5:16-47 Jesús habla extensamente acerca de su relación singular con Dios el Padre. Merece la pena que tengamos estos versículos delante nuestro durante los próximos minutos. En griego, el versículo 18 muestra que Jesús llamó a Dios «su propio Padre»; en otras palabras, Dios

era su Padre de una manera en que no lo era para nadie más. Esto lo entendieron claramente los judíos que estaban escuchando, y se enfurecieron porque de esta manera El se hacía igual a Dios (versículos 17,18). Es evidente que al estar consciente Jesús de su generación eterna no disminuyó su conciencia de ser igual a Dios. Sin embargo, a continuación mostró que si bien hacía las mismas obras que el Padre, era incapaz de obrar independientemente del Padre (versículos 19-24). Sólo podía juzgar porque el Padre le había encomendado todo juicio (versículo 22), pero esto no quería decir que Él debiera ser tratado como inferior al Padre. ¡De ninguna manera! ¡Él había de recibir ciertamente la misma honra dada al Padre (versículo 23)! Si el Hijo no era honrado de esta manera, entonces el Padre no recibía la honra debida a Él. Por tanto, El era consciente de su condición de Hijo, y de que el Padre le había enviado. Sin embargo, incomprensiblemente para nuestras mentes, ¡Él era consciente de su igualdad y unidad con el Padre!

Más adelante en el mismo pasaje, Jesús dice tener vida en sí mismo, al igual que el Padre. Al contrario que nosotros, a El no le fue dada la vida por nadie. Él tiene vida por derecho propio. ¡Sin embargo, aun así, continúa diciendo que tiene vida en sí mismo solamente porque su Padre le dio esta cualidad (versículo 26)! La prerrogativa divina de levantar a los muertos también pertenece al Hijo de Dios (versículo 25); y sin embargo, nada puede hacer por su propia iniciativa. Todo el poder que ejerce es debido a su Padre que le envió al mundo y cuya voluntad El se deleita en obedecer (versículos 30,36). El viene ejerciendo poderes divinos (versículo 40), y como el tema de las Escrituras (versículos 39, 46), y sin embargo, no viene en su propio nombre, sino en el de su Padre (versículo 43). El pasaje entero muestra que Jesús es Dios, en y por sí mismo. Él es Dios por derecho propio, pero también es evidente que el Hijo no sería nada en absoluto si no fuera por Dios el Padre.

Un pasaje muy similar se encuentra en Juan 10:22-42. Una vez más Jesús habla de venir en nombre de su Padre, y del hecho que aquellos a quienes ha venido a salvar son suyos solamente porque el Padre se los dio (versículos 25,29). El está en el mundo solamente porque el Padre le envió (versículo 36). Ese es el lenguaje de la subordinación. Este revela que el Hijo sirve al Padre. Sin embargo, las pretensiones de Cristo a la deidad en el mismo pasaje son tan evidentes, que los judíos una vez más pensaron en matarle (versículo 31). Le acusaron de pretender ser Dios (versículo 33), y no estaban equivocados. ¡Eso era precisamente lo que Cristo estaba pretendiendo! Pretendía hacer lo que solamente Dios podía hacer: esto es, dar vida eterna (versículo 28). Pretendía que a El, como al Padre, no le podían arrebatar los que El había salvado (versículos 28,29). Pretendía ser el Hijo de Dios, que era, sin embargo, uno con el Padre (versículos 36,30). No quería decir que fuese uno con su Padre en el sentido en que un hijo carnal lo es. Tal persona debe todo lo que es a su padre; y así es con el Hijo de Dios. Tal persona está separada de su padre; y así lo está el Hijo de Dios, en el sentido en que usamos la palabra «persona» en este libro. Pero tal persona nunca podría decir: «el Padre está en mí, y yo en el Padre» (versículo 38). El Hijo está separado del Padre. El Hijo está subordinado al Padre, y es enviado al mundo por El. Sin embargo, el Hijo es uno con el Padre, y es Dios, como Él es. No solamente eso, sino que cada uno está en el otro. Este es el misterio de la generación eterna del Hijo. Es el misterio del «Hijo unigénito de Dios y nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho» (Credo Niceno).

Consideración de los problemas

Por supuesto, esta enseñanza origina muchos problemas en nuestras mentes, y debemos decir honradamente que no podemos solucionar la mayoría de ellos. Continuamos viendo lo que las Escrituras dicen, pero no estamos más cercanos a comprender cómo pueden ser estas cosas. ¿Cómo puede el Hijo deber todo lo que es al Padre y, sin embargo, ser Dios en y por sí mismo? ¿Cómo puede el Hijo deber todo lo que es al Padre y, sin embargo, no ser inferior a Él? La lógica humana no puede resolver este problema. Todas estas dificultades hacen que el incrédulo se burle. Considera que tales verdades son contrarias a la razón, y por lo tanto ridículas. Para él son increíbles, y las rechaza. Por el contrario, el creyente ve que estas cosas están más allá y por encima de la razón, lo cual es algo totalmente diferente.

Hay, sin embargo, algunos problemas que podemos aclarar, puesto que surgen de distintos versículos. Por ejemplo, Hebreos 1:5 enseña que las siguientes palabras del Salmo 2:7 se refieren a nuestro Señor Jesucristo: «Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy». Esto parece sugerir que el Señor Jesucristo puede recordar cuándo se convirtió en Hijo de Dios. Si esto es así, no podemos ya creer en su generación eterna, pero si Cristo se está refiriendo a algo que es eterna y continuamente verdad, ¿de qué otra manera podría haberlo expresado? Esto es ciertamente lo que el resto de las Escrituras enseña, y lo más prudente será interpretar este versículo a la luz de las mismas, y no al contrario.

De la misma manera Romanos 1:4 y Hechos 13:32,33 parecen sugerir que Jesús fue constituido Hijo de Dios por la resurrección. Es muy poco probable que Pablo dijera esto en Romanos 1:4, y luego enseñara en Romanos 8:3 que Él era el Hijo antes que viniera en la carne. También debemos recordar lo que dice Romanos 1:3. Allí Pablo habla de Jesús como Hijo antes de mencionar su nacimiento. En el versículo 4 está diciendo simplemente que la resurrección dejó clara su identidad eterna.

En Hechos 13:33, la primera vez que el apóstol usa la palabra «levantó»ⁱⁱⁱ, se refiere al levantamiento de Cristo en su nacimiento. Cuando esta palabra se usa con respecto a la resurrección, siempre se halla seguida de la frase «de los muertos», y se puede observar que se usa de esta manera en el versículo 34. Pablo predica aquí que la Persona que nació fue la misma de la que se dice fue engendrada por Dios. ¡No temió, pues, tocar la doctrina de la generación eterna del Hijo en su predicación del Evangelio!

Capítulo 8

La eterna procesión del Espíritu Santo

Hemos visto que el Hijo de Dios es lo que es por causa del Padre. De la misma manera, el Espíritu Santo es lo que es por causa de* 1 Padre y del Hijo. La Confesión de Westminster nos da un hábil resumen de todo el cuadro cuando dice: «En la unidad de la Divinidad hay tres personas, de una sustancia, poder y eternidad: Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo. El Padre no es de nadie, ni engendrado ni procedente; el Hijo es eternamente engendrado por el Padre; el Espíritu Santo es eternamente procedente del Padre y del Hijo». Así, pues, vemos que mientras se menciona a nuestro Señor Jesucristo como engendrado por Dios, y que hablamos de «la eterna generación del Hijo» cuando nos referimos a la fuente de su ser, en el caso del Espíritu Santo decimos que El «procede» (Juan 15:26), y el término usado con respecto a la fuente de su ser es «la eterna procesión del Espíritu Santo». Esta procesión del Espíritu Santo, llamada a veces «espiración», es su cualidad personal. Es aquello que puede decirse acerca de El, y que no puede decirse acerca del Padre o del Hijo.

Nos referimos, pues, a «aquel eterno y necesario acto de la primera y segunda personas de la Trinidad por medio del cual, ellos, dentro del Ser Divino, se convierten en la base de la subsistencia personal del Espíritu Santo, y ponen a la tercera persona en posesión de la plenitud de la divina esencia, sin división, enajenación o cambio alguno» (Louis Berkhof, Teología Sistemática, pág. 113).

¡Ahí hay mucho que asimilar!, pero debe quedar claro que estamos hablando acerca de algo muy parecido a lo expuesto en el capítulo anterior. Parecido, pero no exactamente lo mismo, puesto que hay diferencias muy importantes. La generación es obra del Padre solamente, mientras que la espiración es obra tanto del Padre como del Hijo. Por su eterna generación, el Hijo es capacitado para tomar parte en la obra de espiración, pero el Espíritu Santo no adquiere nada parecido como resultado de su procesión. Lógicamente (aunque no, por supuesto, cronológicamente, pues todo lo que tiene lugar en la Divinidad es independiente del tiempo), la generación tiene lugar antes de la espiración. No obstante, de la misma manera en que el Hijo es eternamente engendrado por el Padre, sin ser inferior a Él, así el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, sin ser inferior a ellos. Él es lo que es por causa de ellos, pero no es Dios en un sentido inferior.

Esta es, sencillamente, la doctrina de la eterna procesión del Espíritu Santo. Pero, ¿cómo llegó la iglesia en los primeros siglos a estas conclusiones? ¿Es esta doctrina meramente la invención de unos pocos teólogos antiguos? Ciertamente que no. Es una verdad revelada en las Sagradas Escrituras.

El Espíritu Santo

En el capítulo 5 vimos que el Espíritu Santo es una Persona, que es Dios mismo y, sin embargo, que no es ni el Padre ni el Hijo. Sería fatigoso repetir ahora todo lo que dijimos allí, pero

debemos tener muy presente la enseñanza de aquel capítulo al considerar lo que sigue. Ya que Dios es Espíritu (Juan 4:24), y que todo lo que puede decirse acerca de Dios puede decirse acerca de cada una de las tres Personas, ¿por qué se llama «Espíritu» a la tercera Persona solamente? Debe haber una razón por la que el nombre «Espíritu» se usa con respecto a El, y no con respecto al Padre o al Hijo. El Padre es Dios, y Dios es Espíritu. El Hijo es Dios, y Dios es Espíritu. Sin embargo, es solamente la tercera Persona de la Divinidad la que tiene el título de «Espíritu Santo».

La palabra «espíritu» viene del latín *spiritus*, que significa «aliento», «viento», «aire», «vida» o «alma». Esta palabra, a su vez, viene del verbo *spiro*, que significa «respirar». Las palabras hebreas y griegas del Antiguo y el Nuevo Testamento que se traducen por «espíritu» en nuestras Biblias, tienen las mismas connotaciones que *spiritus* y *spiro*. La tercera Persona de la Trinidad es llamada «Espíritu», porque es aquel que es espirado por el Padre y el Hijo. Su exclusivo título indica cuál es su relación con las otras dos Personas de la Trinidad. Expresa su cualidad personal. Los títulos «Padre» e «Hijo» expresan las relaciones mutuas que existen entre la primera y la segunda Persona. De la misma manera, las frases «Espíritu», «Espíritu de Dios», «Espíritu del Hijo» y «Espíritu que procede del Padre», se usan con respecto a la tercera Persona para indicar cuáles son sus eternas relaciones personales con la primera y segunda Personas. Desde luego, se le llama el Espíritu Santo porque es el Autor de toda la santidad, pureza y belleza, dondequiera que se encuentre en el universo, terna éste que no cabe dentro del propósito de este libro.

El Espíritu del Padre y del Hijo

En Juan 15:26 nuestro Señor Jesucristo dice que el Espíritu Santo procede del Padre; esta verdad ya había sido mencionada en Juan 14:16,17. A continuación le describe como «el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre». Esta no es sino una de las muchas referencias que revelan la relación del Espíritu con el Padre. Dirigiéndose a Jehová, el salmista escribe: «Envías tu Espíritu» (Salmo 104:30). Es debido a esta relación que tiene con el Padre que se le llama «el Espíritu de Dios» (1 Corintios 2:11); «el Espíritu del Dios vivo» (2 Corintios 3:3); «el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3:17); y «el glorioso Espíritu de Dios» (1 Pedro 4:14).

Si miramos de nuevo a Juan 15:26, vemos que la promesa de Jesús es con respecto al «Consolador, a quien yo os enviaré del Padre». Lo que las Escrituras dicen acerca de la relación del Espíritu con el Padre, también lo expresan acerca de la del Espíritu con el Hijo. De modo que en Hechos 16:6,7 las modernas versiones traducen correctamente el griego «el Espíritu Santo... el Espíritu de Jesús». En otros lugares se le menciona como «el Espíritu de Jesucristo» (Filipenses 1: 19), y «el Espíritu de Cristo» (1 Pedro 1: 11).

Varias veces en el mismo versículo es evidente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y actúa para ambos. Hablando del «Espíritu» en Romanos 8:9, Pablo cambia con naturalidad del término «el Espíritu de Dios» a lo que evidentemente es un término paralelo, «el Espíritu de Cristo». En Gálatas 4:6 insiste en que «Dios envió a vuestros corazones el Espíritu...», pero el Espíritu del que está escribiendo es «el Espíritu de su Hijo».

En ninguna parte, sin embargo, queda este punto tan claro como en el discurso final de nuestro Señor a sus discípulos antes de su crucifixión. Es cierto que el Espíritu procede del Padre, pero solamente porque el Hijo lo pide (Juan 14:16). Cuando el Padre le envía, lo hace en nombre del Hijo (Juan 14: 26). Sin embargo, también es cierto que el Hijo mismo envía el Espíritu (Juan 16:7), si bien se enfatiza que le envía del Padre, y que el Espíritu procede del Padre (Juan 15:26). Con la sola excepción de esta última frase, «el cual procede del Padre», las Escrituras dicen exactamente las mismas cosas con respecto a la relación del Espíritu con el Hijo que con respecto a la relación del Espíritu con el Padre. El Espíritu no se envía a sí mismo. El es «el Espíritu»: aquel que es espirado. Y es espirado del Padre y del Hijo, de tal manera que dondequiera que obra, tanto el Padre como el Hijo son revelados y ejercen su poder (Juan 16:14,15; 15:26; 14:9).

Una antigua controversia

Uno de los más famosos concilios en la historia de la iglesia primitiva fue el Concilio de Nicea, que tuvo lugar en el año 325 d.C. Este concilio definió la doctrina de la deidad de Cristo de la manera más precisa posible, pero fue algo impreciso en cuanto al Espíritu Santo. Lo único que hizo fue declarar su creencia «en el Espíritu Santo». Poco después surgió la herejía de Macedonio, que negó la deidad del Espíritu Santo, rehusando aceptarle como Dios supremo. Para combatir esto, el Concilio de Constantinopla del año 381 d.C. amplió el Credo Niceno de forma que dijera: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre.. ».

Sin embargo, esta adición no satisfizo a todos. Las iglesias de habla latina (conocidas como la Iglesia Occidental) ansiaban preservar la clara doctrina bíblica de que el Espíritu es tanto el Espíritu de Cristo como el Espíritu del Padre. Principalmente a causa de la influencia de Agustín de Hipona, insistieron en que el Espíritu Santo mantiene exactamente la misma relación con el Hijo que con el Padre. De modo que en el año 569 d.C., en el Concilio de Toledo, añadieron la palabra latina Filioque a la versión latina del Credo de Constantinopla. La frase que acabamos de citar se redactó de tal manera que dijera: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo»

Las iglesias de habla griega (conocidas como la Iglesia Oriental) se opusieron violentamente a esta inserción. Al principio estaban dispuestas a aceptar el compromiso «... del Padre a través del Hijo» pero esto fue finalmente rechazado por ambos bandos. «El Credo Niceno» en la actualidad es, realmente, el Credo de Constantinopla según fue enmendado por el Concilio de Toledo, y está incluido al final de este libro. Es aceptado por la Iglesia Católica Romana, y por todas las denominaciones protestantes, pero hasta este día, la Iglesia Ortodoxa Griega, y otros cuerpos eclesiásticos de tradición oriental, rechazan la añadidura de Filioque. La controversia continúa.

¿Por qué rechazan las iglesias orientales lo que evidentemente es la clara enseñanza de la Escritura? Es debido a que consideran que esto hace al Hijo una segunda «Fuente de Deidad» además del Padre. Para ellos, no encaja con la verdad el que haya una subordinación del Hijo al

Padre (tema que abordaremos en los dos próximos capítulos). La idea de que cada uno sea una «Fuente de Deidad» les parece una amenaza a la armonía interna del divino Tres, pero hemos visto una y otra vez que hay verdades en la Palabra de Dios que la lógica humana no puede armonizar claramente en su mente. Esto es especialmente cierto en todo lo que se refiere a la doctrina de la Trinidad. Las limitaciones de nuestras mentes no constituyen razón suficiente para rechazar lo que Dios ha revelado. El lenguaje de nuestro Señor en Juan 14-16 no sugiere ni por un momento que la armonía interna de la Trinidad sufra menoscabo. El Padre envía al Espíritu. El Hijo envía al Espíritu. El Padre envía al Espíritu en respuesta a la petición del Hijo, y le envía en nombre del Hijo. El Hijo envía al Espíritu del Padre. Este lenguaje expresa una armonía singular. No existe analogía posible. El Espíritu es el vínculo unificador en la Divinidad, procediendo igualmente del Padre y del Hijo, y es tanto el Espíritu de Cristo como el Espíritu de Dios.

Capítulo 9

¡Bendita Trinidad!

La evidencia de la Escritura, pues, nos conduce a la Trinidad: no hay sino un Dios; hay tres que son Dios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; estos tres son distintos, y están diferenciados entre sí por sus cualidades personales. La generación es un acto del Padre solamente. Solamente del Hijo se puede decir que es engendrado. La procesión sólo puede atribuirse al Espíritu Santo. De esta manera hemos presentado casi todos los principales puntos de la doctrina de la Trinidad. Solamente unos pocos quedan por clarificar, lo cual haremos ahora.

La Trinidad ontológica

Libros más complicados que éste hablan de «la Trinidad ontológica» (o algunas veces de la «Trinidad esencial»). Esto significa simplemente que dentro de la Divinidad hay un cierto orden definido. El Padre es primero; el Hijo, segundo; y el Espíritu Santo, tercero. Esto no significa que uno haya existido antes que otro, pues cada Persona es eternamente Dios. Tampoco significa que uno es mayor, el segundo menor, y el tercero inferior, pues cada Persona es Dios por derecho propio, y las Personas son iguales. Es sencillamente un reconocimiento de las eternas relaciones que existen entre las Personas de la Divinidad.

El Padre no es engendrado por ninguna otra Persona. Ni tampoco procede de cualquier otra Persona. El es el Padre del Hijo, al que ha engendrado desde la eternidad. El Espíritu procede de El y es su Espíritu. Él envía y opera a través tanto del Hijo como del Hijo y el Espíritu Santo, y nunca ocurre lo contrario.

El Hijo es eternamente el Unigénito del Padre, es enviado por Él y le revela. También envía al Espíritu Santo y opera por medio de Él, que es su Espíritu, y nunca ocurre lo contrario.

El Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, y actúa para ambos y los revela.

Cada uno es igualmente Dios y, por tanto, igual en honra, poder y gloria. Uno no es Dios más que el otro. Ninguno es más sabio o más santo que las otras Personas. Ninguno está subordinado al otro: en otras palabras, no tienen diferente rango. Sin embargo, en lo que respecta a las relaciones personales entre ellos, existe este orden concreto, y en este sentido, y solamente éste, está implícita una cierta subordinación. Hay una prioridad, pero no una superioridad. Hay un orden en la Divinidad, pero no hay rangos. Cuando usamos la expresión «Trinidad ontológica», estamos teniendo en cuenta simplemente este hecho. Así es dentro de la Divinidad. Así son las cosas entre las Personas de la Trinidad.

La Trinidad económica

Estas relaciones dentro de la Divinidad se reflejan en la manera en que Dios actúa. Esto es lo que significa el término «Trinidad económica». Todo lo que Dios hace procede del Padre: Él es primero. Se lleva a cabo a través del Hijo: Él es segundo. Y es efectuado por el Espíritu: Él es tercero. Todas las obras de Dios son obras de las tres Personas conjuntamente. Es cierto que algunos versículos de la Escritura señalan a la creación como la obra del Padre, la redención como la obra del Hijo y la santificación como la obra del Espíritu. Sin embargo, cuando observamos todo lo que la Escritura tiene que decir, vemos que en cada caso el Padre es la Causa, el Hijo el Mediador, y el Espíritu Santo el que aplica y completa. Por supuesto, hemos de enfatizar de nuevo que las Personas de la Trinidad son co-iguales. No hay superior ni inferior. Sin embargo, hay este orden armónico de las Personas cuando actúa la Divinidad. Así obra Dios.

Podemos ver esto claramente cuando consideramos la obra creadora de Dios. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). Sin embargo, fue su Hijo «por quien... hizo el universo» (Hebreos 1:2), y está muy claro que fue el Espíritu Santo quien efectuó la obra (Génesis 12), pues a Él se le describe a menudo como el Agente de la creación (Salmo 104:30). Dios el Padre lo hizo, a través del Hijo, por medio del Espíritu Santo.

Lo vemos en la obra salvadora de Dios. Fue Dios el Padre quien eternamente dio un pueblo escogido a su Hijo, al cual envió al mundo para salvarlos (Juan 6:37-40). Fue Dios el Hijo el que fue entregado a la muerte por sus transgresiones, y resucitado para su justificación (Romanos 4:24,25). Es Dios el Espíritu Santo el que los hace partícipes de los beneficios que Cristo ha obtenido para ellos (1 Corintios 2:1-5; 1 Tesalonicenses 1: 5- 10). La obra del Espíritu Santo sigue a la obra del Hijo, de la misma manera que la obra del Hijo sigue a la del Padre. No existe exactamente un orden definido dentro de la Divinidad. Esto se refleja externamente por la manera en que Dios obra. Cuando usamos la expresión «Trinidad económica», sencillamente tenemos en cuenta esta verdad.

Sin analogía

No estamos más próximos a explicar el incomprensible misterio de la Trinidad, pero al menos

hemos podido observar lo que de hecho dicen las Escrituras acerca del mismo. La verdadera dificultad reside en comprender cómo cada Persona puede ser Dios mismo y, sin embargo, tener esa relación particular con las otras dos Personas. La dificultad continúa, y nunca podrá ser salvada. Está fuera del alcance de la mente humana.

No obstante, desde el primer siglo hasta nuestros días, son muchísimos los que han tratado de descubrir y usar diferentes analogías e ilustraciones para hacer comprensible la verdad de la Trinidad (por ejemplo: las tres hojas de un trébol; mente, emociones y voluntad en un hombre; el sol, sus rayos y su calor, etc.). Cada una de ellas es defectuosa de una u otra manera. O bien expresa algo menos de lo que la Biblia dice, o algo más, o algo diferente. Debemos reconocerlo: la doctrina de la Trinidad no tiene analogía. No hay manera en absoluto en que podamos ilustrarla. No hay nada comparable en ninguna parte. Es el primer y gran misterio de todos. ¿Cómo puede una ilustración finita describir al Dios infinito? Es el ser de Dios lo que estamos considerando, y Él está, por definición, fuera del alcance del entendimiento de los mortales.

La mejor manera de explicarlo

Es imposible saber la verdad acerca de Dios sin estudiar su Palabra. Por consiguiente, no podemos ayudar a la gente a creer este misterio a menos que estén dispuestos a que se les explique la Biblia, o a abrirla por sí mismos. Si tenemos la oportunidad de hablar acerca de este tema con un amigo que muestre interés, ¿por qué no seguir el método y orden de este libro con la Biblia abierta?

Si las circunstancias no permiten una larga explicación, lo mejor que podemos hacer es llevar a nuestros amigos a un versículo bíblico que examinamos en el capítulo 6. Al menos, esto les ayudará a empezar a pensar acerca del tema. El versículo en cuestión es Mateo 28:19, donde Jesús nos manda que vayamos y hagamos discípulos a todas las naciones, «bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». El no dijo «nombres» sino «nombre». Esto aclara que se está refiriendo a un solo Ser. Solamente hay un Dios. Tampoco dijo: «del Padre, Hijo y Espíritu Santo», como si estos fueran meramente tres términos con el mismo significado, algo así como «yo, mí y mí mismo». Tiene cuidado en señalar que cada uno tiene su propia identidad, y distingue entre ellos diciendo «del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Solamente hay un Dios. Hay tres que son Dios. Estos son uno, en cierto sentido; y tres, en un sentido totalmente diferente. El Padre es primero, el Hijo es segundo y el Espíritu Santo es tercero. Hay, por supuesto, mucho más que decir (como hemos visto). Sin embargo, ésta, en esencia, es la doctrina de la Trinidad.

Capítulo 10

Algunos errores que deben ser evitados

Hemos mencionado que, a lo largo de la historia de la iglesia, muchos han intentado explicar la

doctrina de la Trinidad de una forma que sea fácil de entender. A veces han tratado de definirla de una manera que sea más fácil de creer, pero una y otra vez han fallado en representar verdaderamente lo que de hecho enseñan las Escrituras. Repetidamente han producido una doctrina de la Trinidad que no es bíblica.

Al buscar sostener la doctrina de la Trinidad en el mundo moderno, nos amenaza el mismo peligro. Por tanto, parece conveniente incluir ahora una breve disertación sobre los principales errores en que algunos han caído. Esto significa que nosotros podemos tomar precauciones para evitar caer en las mismas trampas. Notamos esto, de paso, en el capítulo 6, pero le dedicaremos más tiempo ahora. Cada grupo representa un ataque contra uno de los ingredientes básicos de la doctrina de la Trinidad, y conduce a un compromiso, perversión o negación de la verdad.

Triteísmo

Este es el error de no sostener que hay un solo Dios. Los judíos se aferraban tenazmente a la unidad de Dios, y este énfasis fue transmitido a la iglesia cristiana. Muy raramente los que dicen ser cristianos han perdido de vista esta verdad. Ocasionalmente los triteístas han aparecido brevemente en el escenario de la historia. Dos de los más famosos fueron Juan Ascunages de Constantinopla, y Filoponus de Alejandría, que vivieron hacia el final del siglo VI. Sostenían que hay tres dioses, que son todos de la misma clase y, sin embargo, distintos y separados entre sí. Mayor error aun que el de ellos es el de la secta moderna de los mormones, que no limitan el número a tres, y que afirman que hay muchos dioses. La creencia en muchos dioses se llama «politeísmo».

Si recordamos y sostenemos la verdad del capítulo 2, no caeremos ni en el triteísmo ni en el politeísmo. Sin embargo, es probablemente verdad que muchos cristianos, en su fuero interno, tienden a pensar acerca de Dios más en razón de su «triplicidad» que de su unidad. Piensan en Él más fácilmente como Tres que como Uno-en-Tres y Tres-en Uno. Es improbable que tales personas sean triteístas en el sentido estricto de la palabra, pero albergan un error en sus corazones que les impide pensar en Dios como debieran. Esto debe significar inevitablemente que su adoración a Dios, y su vida de oración, no son lo que debieran ser.

Monarquismo

Este es el error de no sostener que hay tres Personas que son igualmente Dios. Además de los errores que surgieron en la historia, existe un creciente número de personas, movimientos y sectas que son monárquicas. Consideran al Hijo y al Espíritu Santo como Dios, pero en un sentido inferior al Padre. ¡Frecuentemente hablan del Hijo y del Espíritu Santo como si no fueran Dios en absoluto! ¡Las batallas en este campo no se han terminado ni mucho menos! Debemos insistir que el Señor Jesucristo es Dios en el mismo sentido que el Padre, y que es co-igual y co-eterno con Él. Lo mismo debemos hacer con el Espíritu Santo.

Encontramos error en este terreno por primera vez al principio del siglo 11. En aquel tiempo surgieron los gnósticos, que sostenían que Dios era una sola esencia y una sola Persona, y que de El emanaban seres divinos inferiores, mediante los cuales se ponía en contacto con el mundo. A éstos se les llamaba «eones», y Cristo fue uno de los mayores. Al mismo tiempo existió la secta de los ebionitas, que declaraban que Cristo era un mero hombre, y que el Espíritu Santo era una influencia divina impersonal. La misma creencia fue mantenida por los socinianos, que fueron prominentes en Europa durante el siglo XVI, y la mantienen ahora los unitarios, que continúan hasta hoy. Durante el siglo pasado, cuando la Biblia era atacada y los milagros negados, las mismas creencias se introdujeron en casi todas las grandes denominaciones. Hay todavía gran número de ministros «liberales» o «modernistas» que sostienen esta creencia.

Una de las mayores amenazas contra la verdad acerca de Dios apareció al principio del siglo IV por obra de Arrio, un presbítero de Alejandría. Este sostenía que Dios no era sino una Persona eterna, quien, antes que ninguna otra cosa fuera hecha, creó a su propia imagen su más excelente criatura. Esta era su propio Hijo unigénito. Arrio sostenía que el Hijo era divino en un sentido secundario, pero que no era eternamente el Hijo de Dios, y que ciertamente no era Dios en el mismo sentido en que lo era el Padre. Fue por el Hijo que todo lo demás fue hecho, y fue El quien, mucho después, se hizo hombre en la persona de Jesús de Nazaret. La primera y gran criatura creada por el Hijo de Dios fue el Espíritu Santo. Este era divino en un nivel más inferior todavía.

Durante un considerable período de tiempo pareció que las enseñanzas de Arrio prevalecerían en la iglesia universal. Sólo Atanasio se mantuvo firme contra él, apelando tanto a las verdades de la Palabra de Dios como a las creencias de los cristianos primitivos. Afortunadamente, la verdad ganó la batalla. Sin embargo, el arrianismo no murió definitivamente, y ha resurgido en la historia de vez en cuando. Los que se llaman a sí mismos «Testigos de Jehová» constituyen un forma moderna de arrianismo, aunque a diferencia de Arrio, no creen que el Espíritu Santo sea una Persona divina en ningún sentido. Debemos estar siempre en guardia contra los errores que, tanto ellos como otros, están propagando.

Es improbable que Arrio hubiera tenido tanta influencia de no haber sido por Orígenes (185-255 d.C.). Este último, inadvertidamente, preparó el terreno para el arrianismo por medio de una de sus ideas que fue ampliamente aceptada. Mantuvo que el Hijo era una persona divina y gloriosa, pero que, sin embargo, no era Dios precisamente en el mismo sentido que el Padre. El Espíritu Santo era Dios en un sentido inferior aún. De esta manera puso en evidencia el pensamiento de que había rangos dentro de la Divinidad, y esto le facilitó a Arrio el dar un paso más. Este tipo de interpretación fue conocida posteriormente como semi-arrianismo, y fue vehementemente propuesta en el Concilio de Nicea por Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia. Algunos de los semi-arrianos estuvieron de acuerdo con Arrio que el Espíritu Santo era la primera criatura del Hijo, pero una mayoría sostuvo que era una mera energía o influencia divina.

El error de Orígenes, a su vez, se debió en parte probablemente a la enseñanza de Tertuliano

(aproximadamente 160-240 d.C.). Aunque fue él quien dio origen a la palabra «Trinidad», su enseñanza no tuvo éxito en evitar la impresión de que el Hijo era Dios en un sentido inferior al Padre. Su error fue muy pequeño en comparación con lo que siguió después, pero nos muestra la importancia de hablar con exactitud acerca de este tema de la Trinidad. Su error, y los demás que se mencionan en esta sección, pueden evitarse si recordamos y mantenemos las verdades expuestas en los capítulos 3-5 y 7-8 de este libro. ¿Por qué no memorizar también Colosenses 2:9 y Hechos 5:3,4?

Modalismo

Consiste en no mantener que las tres Personas de la Divinidad se distinguen por sus cualidades personales. Aun los arrianos conservaron alguna idea de que hubiera tres Personas en la Divinidad, pero a veces han surgido aquellos que sacrifican totalmente esta idea. Se hallan tan inmersos en la verdad de que Dios es Uno, que caen en el error de negar que haya tres Personas distintas que sean Dios. Según ellos, Dios no es sino una Persona, quien, como actor, interpreta diferentes papeles. Aparece sucesivamente como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Mientras hace el papel de uno, los otros no existen. Debido a la idea de que Dios aparece de distintos modos, esta opinión se conoce como «modalismo».

El modalismo ha surgido de distintas formas, y parece haber sido mantenido primeramente por Praxeas, de Asia Menor, a principios del siglo III. Sin embargo, su más famoso representante fue Sabelio, un presbítero de Ptolemais, que vivió a mediados del siglo III. Por esta razón, dicho error es frecuentemente conocido como «sabelianismo». Sostenía que la única Persona divina que existía eternamente tenía el título de Dios el Padre. Cuando creó el universo, y más tarde estuvo entre nosotros como hombre, tenía el título de Dios el Hijo. Ahora, cuando actúa en las vidas de hombres y mujeres, tiene el título de Dios el Espíritu Santo. Esta enseñanza significa que fue realmente Dios el Padre quien sufrió en la cruz, de forma que a veces se conoce a los sabelianos como «patripasianos» («los que enseñan que el Padre sufrió»).

Este error ha resurgido varias veces en los últimos siglos, concretamente en los escritos de algunos filósofos europeos que habían experimentado cierta clase de influencia cristiana. No está muy extendido hoy en día, pero todavía existe. Por ejemplo, al tratar de explicar la Trinidad a otros, los cristianos frecuentemente apuntan a que la sustancia química H₂O puede aparecer como hielo, agua o vapor, pero la ilustración pervierte la verdad. Para empezar, no tiene en cuenta la verdad de que Dios es un Espíritu personal, pero su más grave error es que da la impresión de que la Trinidad no es más que el mismo Dios apareciendo meramente en tres formas diferentes. Dijimos antes que la Trinidad no tiene analogía, y que nunca debemos tratar de ilustrarla. Debe quedar claro ahora por qué es así.

A veces se encuentra el sabelianismo en las oraciones del cristiano. A menudo empieza orando a Dios el Padre, pero poco después le da gracias por morir por él en la cruz. De esta manera cae en el error de decir acerca del Padre lo que solamente puede decirse del Hijo. Quizá continúe después dándole gracias por habitar en él: algo que sólo se puede decir con propiedad acerca del Espíritu Santo. Afortunadamente, Dios no presta atención a nuestras palabras, sino que mira a nuestros corazones, y la mediación de Cristo garantiza que nuestras oraciones son presentadas en

el cielo sin defecto alguno. Sin embargo, siempre es peligroso tener opiniones erróneas acerca de Dios, y si esas oraciones son públicas, pueden hacer daño a los que las escuchan. La manera de combatir el sabelianismo es recordar, y aferrarse a, las verdades contenidas en los capítulos 6 y 10 de este libro; y concretamente recordar la narración del bautismo de nuestro Señor en Mateo 3:13-17, donde las tres Personas de la Divinidad se manifiestan al mismo tiempo.

Capítulo 11

Una verdad por la cual vivir

Ahora que tenemos la doctrina de la Trinidad en nuestras mentes, ¿qué hacemos con ella? ¿La guardaremos simplemente ahí, y nos contentaremos con que nuestro pensamiento se haya ampliado un poco? ¿O tiene el propósito de hacer cambios prácticos en nuestras vidas? Ciertamente que sí. Toda doctrina en la Palabra de Dios tiene alguna aplicación práctica. Toda verdad tiene alguna manera de realizarse en la práctica.

Una verdad que creer

En primer lugar es necesario enfatizar que esta doctrina es fundamentalmente algo que se debe creer. El único Dios verdadero es aquel que se ha revelado a sí mismo en las Escrituras, y esto es lo que La ha revelado. Si creemos algo diferente, entonces no creemos en el Dios verdadero. Somos paganos. Adoramos a un dios de nuestra propia imaginación. Los triteístas, los arrianos y los modalistas se diferencian muy poco de los musulmanes o los animistas. No adoran al Dios que se ha revelado a sí mismo. Invocan a un dios que no tiene existencia real. No pueden ser clasificados como creyentes cristianos, y están perdidos y muertos en sus pecados.

La creencia en la Trinidad es esencial para la salvación. Esto no significa que un creyente debe entender todos los pormenores de esta doctrina como han sido discutidos y debatidos a lo largo de los siglos, pero debe creer que el Dios que es, es aquél revelado en las Santas Escrituras, y que es un Dios en tres Personas. Las Escrituras declaran que la vida eterna es conocer al verdadero Dios, y a Jesucristo, a quien El ha enviado (Juan 17:3). Insisten en que si no honramos al Hijo como honramos al Padre, entonces el Padre es desposeído de su honra (Juan 5:23). Los que creen en Dios deben tener una fe similar en su Hijo (Juan 14:1). No puede haber salvación para aquellos que tienen una opinión de Cristo inferior a la del Padre (I Juan 2:22,23; 5:20).

Así es que aquellos que se hacen discípulos cristianos deben ser bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19). Donde no hay una creencia trinitaria, no puede haber discipulado. Donde hay verdadero discipulado, existe también una fidelidad a la doctrina de la Trinidad.

Una verdad que amar

La doctrina de la Trinidad es el fundamento sobre el que descansa toda doctrina netamente evangélica. Mientras que el fundamento esté seguro, el Evangelio permanece intacto. La historia demuestra que siempre que el fundamento ha sido debilitado o destruido, el Evangelio ha caído por tierra y desaparecido. Por tanto, todos los que aman el Evangelio, y conocen su poder, aman la doctrina de la Trinidad, y anhelan mantenerla en alto. Saben que el Evangelio que tienen es el Evangelio de Dios. Una vez que se olvide quién es Dios, se olvidará qué es su Evangelio.

El Evangelio declara que Dios el Padre salva, que Dios el Hijo salva, y que Dios el Espíritu Santo salva. Dios el Padre salva porque en la eternidad Él escogió a ciertas personas para que recibieran vida eterna a través de Cristo (Juan 10:28-30; 17:2), y al fin envió a su Hijo al mundo para salvarlas (Juan 3: 16; 1 Juan 4:14). Dios el Hijo salva, porque fue Él quien en la cruz llevó el castigo de su pueblo (1 Pedro 2:24), y vive para siempre para asegurar su aceptación en el cielo (Hebreos 7:25). Dios el Espíritu Santo salva, porque nadie puede recibir vida espiritual, y creer y descansar en Cristo, hasta que Él obre en sus mentes y voluntades (I Corintios 12:3; 2:14; Juan 15-8). Las Escrituras muestran constantemente que la salvación es la obra del trino Dios (I Pedro 1:2). Cuando la doctrina de la Trinidad se pierde u oscurece, lo mismo ocurre con la verdad acerca de la salvación.

Pensemos también en las verdades de la justificación y la adopción. Hay un Dios que está enojado con nosotros por causa de nuestros pecados. El envió a Dios el Hijo, concebido por el Espíritu Santo, para asumir sin pecado la naturaleza humana, y para guardar plenamente su ley a nuestro favor. Cristo, el inocente, murió como nuestro Sustituto, llevando la condenación que merecen nuestros pecados, y que la justicia de Dios demanda. El Espíritu Santo nos lleva a afligirnos por nuestros pecados y a volvernos de ellos. Nos enseña a descansar en lo que Cristo ha hecho por los pecadores. Nos conduce a la unión con Cristo, de forma que su carácter perfecto es puesto a nuestra cuenta, y aceptamos que nuestros pecados fueron castigados cuando Cristo murió. Dios el Padre nos recibe ahora como sus hijos y viene a ser un Padre para nosotros. El Señor Jesucristo viene a ser como un Hermano mayor en la familia de Dios. El Espíritu Santo está dentro de nosotros, y nos asegura interiormente que somos hijos de Dios. Cada Persona de la Trinidad está involucrada.

Debe quedar claro, por tanto, que sin la doctrina de la Trinidad, todo el plan de la redención se derrumba. Las doctrinas de la justificación y la adopción dejan de tener significado alguno. Lo mismo se puede decir de cualquier otra doctrina característica del Evangelio. Amamos la doctrina de la Trinidad porque es el mismísimo fundamento sobre el que descansa nuestra salvación. El trino Dios es el que nos ha salvado. El trino Dios es el Dios que amamos y adoramos. Sería imposible amarle sin amar la verdad acerca de Él.

Una verdad por la que vivir

¿Puedo dirigirte una palabra muy personal al terminar este libro? No puede haber salvación donde no hay una creencia en la Trinidad. Sin embargo, esto no significa que dondequiera que haya una creencia trinitaria, los que la mantengan sean salvos. Creer la verdad acerca de Dios no es suficiente. No es siquiera suficiente reconocer que sin la doctrina de la Trinidad no tenemos Evangelio. Debemos venir al trino Dios. Nuestros pecados merecen un castigo eterno. Dios ordena que terminemos con ellos (Hechos 17:30), pero nunca debemos pensar que por nuestros propios esfuerzos podemos ponernos en buena relación con Dios (Romanos 3:20). ¿Cómo podríamos llegar a ser suficientemente buenos para un Dios santo? Pero Dios el Padre ha enviado a su Hijo para ser el Salvador del mundo (1 Juan 4:14). Son pecadores los que El salva (1 Timoteo 1:15). El los invita a ir libremente a El (Mateo 11:28-30). Todos los que verdaderamente arrepentidos claman: «Dios, sé propicio a mí pecador», son recibidos y perdonados (Lucas 18:9-14), y entran en la vida eterna y en todas las bendiciones que el cielo contiene (1 Juan 5:11,12; Efesios 13). Nadie es rechazado jamás (Juan 6:37). El hecho de que vengas, prueba que eres uno de aquellos que el Padre dio a su Hijo (Juan 6:37). El hecho de que abrases al Salvador, y no le rechaces, pone de manifiesto que el Espíritu Santo está obrando en tu vida (1 Corintios 2:14). La verdad de la Trinidad no es ya más una mera doctrina en tu mente. ¡Es una verdad por la que ahora vives!

La verdad de la Trinidad debería guiar al cristiano a la adoración. Adoramos a Dios por lo que ha hecho. Adoramos a Dios por lo que ha hecho por nosotros. Pero El lo ha hecho solamente por ser Él quien es. Usando las complicadas expresiones del capítulo 9, El es la Trinidad económica por ser la Trinidad ontológica. Nunca podríamos haber llegado a percibir su gloria y majestad, si El no lo hubiera revelado. Lo que nos ha dicho es demasiado maravilloso para ser comprendido. Está totalmente fuera del alcance de nuestros razonamientos. Nunca podríamos haberlo descubierto, y no podemos explicarlo. Nos evade completamente. No podemos sondear el misterio. Vemos que somos solamente criaturas, pero Él es Dios. Ninguna reacción es adecuada, excepto postrarnos ante El y, humildemente, creer y adorar. Hay un orden en la Divinidad, pero no hay rangos. Por eso adoramos al Padre, adoramos al Hijo, adoramos al Espíritu Santo. Al igual que los serafines ante su trono, decimos tres veces «Santo», pues Él es tres. Sin embargo, decimos: «Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos», porque El es uno (Isaías 63). «Este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él nos guiará aun más allá de la muerte» (Salmo 48:14).

La verdad de la Trinidad debería regular las oraciones del cristiano. El Padre es primero, y la oración debe ser dirigida a Él. Esto es lo que nuestro Señor Jesucristo mandó cuando dijo: «Cuando oréis, decid: Padre nuestro... » (Lucas 11:2). Así es como oraron los apóstoles. Hablando de sus propias oraciones, Pablo escribe: «Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo... » (Efesios 3: 14); y cuando alaban a Dios, tanto Pablo como Pedro comienzan: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo ...» (Efesios ; 1 Pedro 1:3). El Nuevo Testamento habla poco acerca de orar al Señor Jesucristo, y nada en absoluto de la constante repetición de «Jesús, Jesús» que se ha hecho tan popular actualmente en algunos círculos.

El Hijo es segundo, y revela al Padre (Juan 1:18). Nadie puede ir al Padre directamente, puesto que la única forma de acercarse a El es a través del Señor Jesucristo (Juan 14:6; 1 Timoteo 2:5). Esto no significa que no podamos dirigirnos al Padre, puesto que acabamos de aprender que esto es lo que debemos hacer. Pero sí quiere decir que en y por nosotros mismos no tenemos derecho de acercarnos a Dios. Es sobre la base de quién es el Hijo y de lo que Él ha hecho, y sobre esta base solamente, que esperamos que el Padre nos oiga (Hebreos 10: 19-22). Venir al Padre a través de Cristo es mucho más que recitar: «Por medio de Jesucristo nuestro Señor», al final de nuestras oraciones. Significa que toda nuestra confianza en que seremos oídos descansa sobre el Hijo de Dios.

El Espíritu Santo es tercero. Sin El no oramos: simplemente decimos nuestras oraciones. Sin embargo, venimos frecuentemente a Dios con aflicciones y anhelos que no podemos expresar. No sabemos qué decir o cómo expresarlo, pero nuestro corazón está en nuestra oración. Todo esto es la obra del Espíritu Santo (Romanos 8:26,27). Siempre que estamos entusiasmados con Cristo, esto es también por causa del Espíritu (Juan 15:26,27; 16:14). Orar de corazón, centrado en Cristo, es orar «en el Espíritu» (Judas 20). Si no oramos así, ¿debemos seguir orando por la influencia del Espíritu hasta que lo hagamos! (Lucas 11:13).

Finalmente, la verdad de la Trinidad debería darnos una nueva reverencia hacia las Santas Escrituras. La luz de la razón nunca podría haber descubierto que Dios es Uno-en-Tres y Tres-en-Uno. La naturaleza no lo declara. ¿Dónde, y dónde solamente, se encuentra revelado este misterio incomprensible? ¡En las Escrituras! ¿Cómo llegaron a escribirse las Escrituras? «Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1:21). ¿Cuál es el tema principal de las Escrituras? «Ellas... dan testimonio de mí», dijo el Hijo de Dios (Juan 5:39). ¿Cómo pueden ser descritas las Escrituras? «Toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4A). ¡El primer y mayor misterio de todos está revelado en un libro dado por Dios, centrado en Cristo e inspirado por el Espíritu Santo! Ese libro nos enseña todo lo que hemos de creer acerca de Dios. Revela el deber que Dios requiere de nosotros. Es la Palabra del trino Dios mismo.

Recibámosla por lo que es, no la palabra de los hombres, sino la Palabra de Dios. Leámosla más a menudo, con más interés y con más oración. Y vivamos por ella. ¿Existe alguna otra manera de agradar a Aquél que se revela en sus páginas?

Gloria sea al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo;

Como era en el principio,

Ahora,

Y siempre;

Por los siglos de los siglos.

Amén.

Apéndice

El Símbolo Niceno

La declaración más antigua y más ampliamente aceptada de todos los puntos incluidos en la doctrina de la Trinidad, es el Símbolo Niceno. Este fue redactado por el Concilio de Nicea en el año 325 d.C., y los puntos relacionados con la deidad y personalidad del Espíritu Santo fueron añadidos en el Concilio de Constantinopla en el año 381 d.C. La cláusula Filioque («y el Hijo») fue añadida por un concilio de la Iglesia Occidental en Toledo, España, en el año 569 d.C. Con la excepción de esta cláusula, que la Iglesia Oriental aún rechaza, el Símbolo Niceno es el credo de toda la iglesia cristiana. Dice así:

«Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creemos en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin. Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creemos en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Reconocemos un solo bautismo para el perdón de los pecados. Esperamos la resurrección de los muertos y la vida en el mundo futuro. Amén».

ⁱ Traducción de la versión inglesa usada por el autor. Cf. la versión Dios habla hoy: «El Señor nuestro Dios, es el único Señor» (N del T.)

ⁱⁱ Con mayúscula en la versión utilizada por el autor. (N. del T)

ⁱⁱⁱ Según la versión inglesa usada por el autor. Compárese en español la Versión Ecuménica: «... suscitando a Jesús». (N. del T.)